

sona que en varias ocasiones me ha escrito, alentándome y consolándome. Dios la bendiga. Ignoro quién pueda ser esta alma buena que se acuerda de mí. Debe ser, sin duda, alguna persona enterada del secreto de mi nacimiento, porque siempre me habla de mi madre y de mi padre, aunque nunca me da noticias explícitas por las que yo pudiera venir en conocimiento de quiénes son los autores de mis tristes días. Quiero copiar la carta, para tenerla siempre á la vista. Una carta puede extraviarse. Este libro que siempre me acompaña, no se me perderá fácilmente. Dice así: «Hija mia: permíteme, ángel de bondad, que te dé este nombre. Desde que naciste sigo tus pasos, y veo claramente que Dios es quien los guía. Conozco á la pobre familia á quien cuidas ahora, y en otras personas no podrias emplear mejor la caridad. No se puede determinar verdaderamente cuál de esos dos seres, es el más desgraciado. El hijo á lo ménos va á morir, es decir, va á reposar, va á salir de un mundo envilecido, donde están mal las almas buenas. Estoy seguro de que tú, hija mia, has pensado ya en recoger á la madre. Dios te lo premiará, hija mia. Tú, en busca de una madre toda tu vida, no puedes ménos de mirar con piedad á una madre desventurada. Tambien la tuya es muy desdichada, porque no sabe de tí, porque no sabe dónde hallarte. Yo conozco á tu madre y á tu padre tambien. Un juramento sagrado me impide decirte quiénes son. Pero Dios querrá que lo sepas algun dia. No hice el juramento de abandonarte, y tu

existencia, tu bien, tu fortuna futura, me preocupan á toda hora. Me he propuesto cuidar de tí, y ántes perderé la existencia que faltar á esta palabra de honor que me he dado á mí mismo. Yo tengo en mis manos la vida de tu padre. Yo sabré desbaratar los planes de alguna persona que pretende desposeerte de lo que te pertenece. Yo obligaré á todos á que cumplan con su deber. Continúa, hija mia, la senda de la virtud, por la que caminas con tan firme planta y tan noble entereza. Dios te bendiga, hija mia. Acuérdate de mí en tus oraciones, que quiero vivir para llevar á feliz término la obra emprendida en tu favor. Acaso, cuando sepas quiénes son tus padres, cuando lo sepas todo, ignores quién es el autor de estas cartas, no te importe; yo no tengo interes en que me conozcas; lo tengo, y muy grande, en que tú seas tan feliz como mereces. Adios, hija mia. Dios nos dé fuerzas. Sigue ejerciendo la caridad. Yo velo por tí, hija mia.»

«Esto es lo que dice la carta. ¿Quién será este hombre? D. Serafin no me habla jamás de mi familia. Halla placer en hacer el bien, y haciendo el bien, nos hemos encontrado, y nos hemos unido. ¿Será él el autor de estas cartas que tanto me alientan y me consuelan? Y al mismo tiempo me dan ánimo y fuerzas para perseverar en el camino emprendido de hacer bien al prójimo, de ejercer la virtud, puesta en Dios la esperanza.»—Hasta aquí otra página del Diario de Sor. Dorotea.

Basta lo copiado para que pueda apreciarse el

carácter de esta noble mujer. Era el consuelo de los enfermos, la Providencia de los pobres. Había nacido para la abnegación y el sacrificio. Ninguna mala pasión tenía lugar en su corazón. Como Isabel, la mujer del presidente del Consejo de ministros, excelentísimo Sr. D. Tomás Meco, era una hija abandonada, pero ¡qué contraste entre las dos!

Ahora digamos algo del nacimiento de Sor Dorothea.

Tenía 25 años, y no había podido lograr otras noticias de su origen que las que le había dado en el convento, donde se educó, la madre Ramona, una buena monja, muy ufana con los privilegios y preeminencias de su convento, visitado por seis ó siete reyes, y favorecido de todas suertes por la nobleza.

Una noche, — todas estas cosas suceden de noche en todas las novelas, como habrá tenido ocasión de observar el curioso lector por poco que sea aficionado á este género de literatura, — llamaron muy tarde á la puerta del convento, y la madre Ramona, que era entonces tornera y portera, toda azorada se despertó, creyendo que habían quitado otra vez la Constitución, ó que habían vuelto á invadir los franceses la capital.

No eran franceses los que llamaban á las puertas del convento.

Era un español, andaluz por más señas, que abierta la puerta y entrado en el portal donde estaba el torno, se expresó de esta manera:

—*Pa servir á V., marecita.*

—¿Qué se le ofrece á estas horas, hermano?

—Un *negosio* muy *entrincao pa* lo que tengo que ver á la *Abaesa*.

—Está descansando, y hasta las cinco que se toque el alba no se la puede llamar.

—Pues, hija, digo *mare*, yo necesito que la señora *mare* mayor de la *comuniá* se *alevante* ántes y con ántes, y con eso ya no tiene que levantarse á las cinco, porque estará ya con los huesos en punta.

—¡Jesus, María y José! ¡qué lenguaje!

—Como yo no soy monja, no sé hablar más fino.

—¿De parte de quién viene V.?

—De una *presona* muy *presipal*, que no sé quién es, porque á mí me han dado el recado por cuarta ó quinta *presona*.

—Pues se tiene V. que esperar hasta las cinco, que tocará la monjita.

Y la monja se retiró sin esperar las súplicas del andaluz, que tiritaba de frío en el portal del convento, y soltaba de cuando en cuando exclamaciones impropias á la verdad de aquel lugar de reposo y oración.

—Pues, señor, ¿cuándo tocará la monjita? se preguntaba soplándose los dedos y no de gusto. Me gusta á mí la monjita esa que no toca la campanita. ¡Várgame Dios, qué frío hace aquí!... Si tuviera este frío la monjita que ha de tocar, ya tocaría con fuerza la monjita.

Y daba el hombre paseos por el portal, dándose á

todos los demonios, y diciendo con una gracia que sería imposible querer copiar :

—¿Cuándo tocará la monjita?

Al fin llegó la hora y tocó la monjita, y minutos despues se oyó dentro del convento ruido de abrir puertas y ventanas, y la madre tornera volvió al torno y preguntó :

—¿Está ahí, hermano?

—Aquí estoy, señora.

—Debo decir á V., que la señora abadesa no recibe ni habla con nadie hasta la Pascua, porque estos dias los consagra á la oracion, como la regla lo manda.

—Pues, mire V., señora, aunque mande eso la regla, yo tengo aquí una carta muy urgente, que sólo á la *abaesa* he de entregar en su propia mano ; y ella me ha de dar el sobre firmado, diciendo como que la ha recibido, y no me haga V. esperar más, porque voy á echar sapos y culebras, con perdon de V. y de todas las *mares* y *pares* de la Côte celestial.

—Pues voy á avisar á la señora; pero no sé si podrá salir miétras no la autorice el señor Vicario á infringir la regla.

—¿Tambien el Vicario?...

Al fin, despues de muchas idas y venidas de la tornera, y cuando ya estaba echando periquitos el andaluz, resolvió la Abadesa, con reserva de poner el suceso en conocimiento del Vicario, acercarse al torno y tomar la carta, que podia importarle mucho, pues, teniendo tantos conocimientos la comunidad entre la grandeza, no era la primera vez que en la

señora Abadesa se depositaba algun importante secreto de familia ó de Estado.

—¿Qué carta es esa? preguntó la Abadesa con voz severa, acercándose al torno.

—¿Es V. S. la señora mayor del convento?

—Yo soy la Abadesa.

—Eso digo. Pues, señora, aquí me han dado una carta *pa* que V. S. la lea y se entere, y me dé V. el sobre firmado de su puño *pa* que yo dé fè de que V. tiene la carta y se ha *enterao*.

—Pues póngala V. en el torno.

—¿No puede V. S. sacar la manita?

—No, señor.

—Entónces... á mí me han dicho que se la entregue á V. en su propia mano... pero si V. no puede sacar la mano... ahí va.

Pasaron algunos momentos, y el andaluz oyó clara y distintamente que la monja decia con asombro muchas veces:

—¡Jesus! ¡Jesus! ¡Jesus!

—La noticia debe ser gorda, decia el andaluz, comentando las exclamaciones de la madre.

—¡Válgame Dios! ¡Jesus mio! ¡Virgen de la O! ¡Madre mia de Covadonga! ¡*Sancta Dei genitrix!* ¡*Refugium peccatorum!* ¡Ave María Purísima!

—¡Echa! ¡echa!—Señora, déme V. S. el sobre, y luego puede V. seguir rezando en latin.

—¡Ay! ¡Dios mic! ¡Madre de los Desamparados! ¡Virgen de Atocha! ¡Santísimo Cristo de las Misericordias! ¿Cómo me habia yo de figurar esto?

Y un momento despues dió el sobre al andaluz, y se metió por el convento adentro, exclamando:

—¡Jesus, María y José! ¡lo que es el mundo! ¡Dios me libre! *et ne nos inducas in tentationen.* ¡Ora pro nobis!... ¡San Cosme y San Damian! ¡una niña!... ¡Ay! ¡me horrorizo de pensar!...

La Abadesa fué al coro, hizo con sus monjas todas las prácticas religiosas del dia, pero todas tuvieron ocasion de observar que estaba distraida, preocupada, que se le enredaban en la lengua las palabras en latin, y que suspiraba frecuentemente, y no reprendia en medio del rezo, como tenia de costumbre, á las novicias, que, como jóvenes traviesas y juguetonas, siempre tenian ocasion de hacer burla de los anteojos desmesurados de la Madre Rita, de las narices de papagayo de Sor Filomena, de sustraer la caja de rapé de la Madre Cátedra de San Pedro en Roma, ó de hacer otras diabluras inocentes.

La Madre Abadesa tenia algo. Y en efecto, aquella carta la habia trastornado. Por la tarde la Madre Abadesa llamó á la mujer del demandadero y la habló en estos términos:

—Tu hija se ha muerto ayer, ¿no es verdad?

—¡Ay! sí, señora. Mire V., ¿para qué me la daría Dios?

—Yo tengo otra criatura.

—¡Jesus, María y José! señora Abadesa.

—No te asombres.

—Pero V., señora, ¿V. tiene otra criatura?... ¡Dios mio! señora.

—No seas tonta; es un secreto.

—¡Ay! sí, señora, ya lo supongo. ¡Jesus! nunca he visto otra.

—Es una niña, que persona á quien nada puedo negar y á quien tengo obligacion de servir, encarga á mi cuidado.

—¡Ah! eso es otra cosa.

—Has de decir á todo el mundo que es tuya...

—¿Y á mi marido?

—Le dices lo que quieras, pero sin mezclar mi nombre para nada en ese asunto.

—Lo haré así.

—Pues luego que cierre la noche vas á la plazuela de los Mostenses, y te paras á la puerta de la casa número 5, y allí llegará un hombre que te entregará la criatura.

—¿Será el padre de la criatura?

—No te importe. Te preguntará:—¿Es V. la madre? y tú le dirás:—Una servidora de Dios.

—No se me olvidará.

—Y no te hablará el hombre más palabra. Tomas la niña, la traes y la crias.

Todo se hizo como se habia proyectado, y el demandadero quedó grandemente sorprendido al ver en el regazo de su mujer otra criatura en reemplazo de la que se le habia muerto.

Algunos dias despues, paseándose por el jardin, sacó la Madre Abadesa del pecho el pañuelo y se le cayó un papel, cuya falta no notó. Paseábase, siguiendo á su superiora, Sor Ramona, la monja más curiosa

de la comunidad, á quien no se le escapaba nada, y que andaba siempre husmeando y averiguando todo aquello que ménos le importaba.

Sor Ramona cogió el papel y lo leyó.

Era la carta recibida por la Abadesa, y dentro habia otro papelito que contenia las indicaciones necesarias para recoger la niña, que fueron las mismas que dió la Abadesa á la mujer del demandero.

Sor Ramona, despues de leido, arrojó el papel en el mismo sitio donde se le habia caido á la Abadesa.

Y al dar la vuelta se acercó respetuosamente á su superiora, y con el más engañoso aire de inocencia dijo:

—Se le ha caido á la señora este papel. ¿Será algo que sirva?

La abadesa lo cogió, y miró á Sor Ramona, pero ésta ni se inmutó siquiera, ni perdió un momento su aire inocente y candoroso.

La niña creció, y á los seis años era ya el encanto de las monjas, que la permitian entrar en el convento y la hartaban de dulces y golosinas, y la enseñaban á leer, á escribir y á rezar, prestándose á todo la niña con la mejor voluntad, costándole lágrimas separarse de las madres.

Llegó un dia al fin en que Dorotea se instaló definitivamente dentro del convento, con permiso del Vicario, y estaba por cierto encantadora la niña con su hábito de monjita, que llevaba con toda la dignidad y la gravedad de una monja profesa y con vocacion.

Sor Ramona era la mayor y más querida amiga de la niña.

Habíala tomado á su cuidado, y con ella dormía en la celda, y con ella rezaba y la acompañaba en todos los quehaceres.

La abadesa, hallándose una mañana en el coro, torció la cabeza y se quedó dormida para siempre.

Hiciéronle solemnes exequias en el convento, á las que asistió la córte, toda la aristocracia y todo Madrid, porque la señora abadesa pertenecía á la clase más empingorotada. Tambien asistió la familia de la difunta, compuesta de su hermana, condesa y marquesa y dos sobrinas, hijas de esta, una de las cuales era una jóven de extraordinaria hermosura, y la otra una niña de doce á catorce años. Concluida la solemne ceremonia religiosa, las monjas bajaron á la reja del coro á despedir á la córte y á la nobleza.

Fueron desfilando por delante de la asombrada niña, que nunca habia visto tan deslumbrador espectáculo, tanto lujo, tanta riqueza y tanta hermosura, reyes, damas de honor, ministros, generales, autoridades, militares, togados, caballeros de las órdenes, en fin, un monton de uniformes, mantos, fraques y demas atavíos que hacen desiguales á los hombres; encantada estaba la criatura viendo de cerca tanta magnificencia, cuando Sor Ramona, que la tenia cogida la mano, se la apretó, y dijo al oido de la niña, en voz baja, de modo que ella sola lo oyera:

—Mira, hija, esa es tu madre.

Al mismo tiempo pasaba la familia de la difunta

abadesa, y Sor Ramona habia señalado á la sobrina mayor de aquella.

La niña dió un grito que no pudo reprimir:—¡Madre! dijo.

Volviéronse los rostros hácia el coro: la sobrina mayor de la abadesa tambien volvió la cabeza, pero encontró la mirada imponente y severa de su madre, señora alta y seca como un espárrago, y siguió andando.

—¡Calla! dijo Sor Ramona á Dorotea; y luego explicó el grito de la niña, diciendo que inadvertidamente la habia pisado, y que la fuerza del dolor habia arrancado á la criatura aquel ¡Madre! en medio de la ceremonia.

La explicacion era tan verosímil, que ninguna monja dudó, y nada hubieran podido sospechar, porque no estaban en los mismos antecedentes que Sor Ramona, cuya curiosidad le habia proporcionado ocasion de descubrir un secreto el dia que se le cayó el papel en el jardin á la señora abadesa.

La niña comprendió y confirmó la explicacion de Sor Ramona.

Cuando por la noche las dos se recogieron en la celda, Dorotea se abrazó llorando á Sor Ramona.

—Dime, hermana, ¿es aquella mi madre?...

Dorotea hablaba de tú á Sor Ramona en muestra de más cariño y confianza.

—¿Ahora te acuerdas de eso?

—¿Y cómo lo habia de olvidar? Al pasar aquella señora tan hermosa me dijiste esta mañana:—Esa es tu madre: bien me acuerdo.

—No lo creas.

—Júramelo.

—Niña, nos está prohibido jurar.

—Pues yo insisto.

—Basta, niña, añadió Sor Ramona, poniéndose seria.

La niña no replicó, porque tenía mucho cariño y mucho respeto á la monja, pero pasaron dias y nada podía distraerla de su preocupacion constante.—«Aquella señora es mi madre, se decia; el corazon me dice que Sor Ramona me dijo la verdad, acaso sin querer-mela decir.» Así pensaba aquella niña, cuya clarísima inteligencia superaba mucho á su tierna edad. Y ¿por qué no vendrá á verme mi madre? Aquí hay novicias que tienen madres, hermanas, y vienen á verlas. A mí no me viene á ver nadie nunca. Y aquella señora es una gran señora, tan bella, tan ricamente vestida... Todavía me parece verla toda vestida de negro...

Será mi madre?... ¡Madre, madre mia! ¿por qué no vienes? Y lloraba la pobre con el mayor desconsuelo.

—Vamos, hija, le decia Sor Ramona... Yo fuí una imprudente, yo no debí decirte nada; pero ¿cómo habia de suponer que habias de dar tal significacion á mis palabras?

Y Sor Ramona luchaba entre el deseo de descubrir á la niña el secreto que habia sorprendido y el temor del pecado que asaltaba su conciencia, porque Sor Ramona, aunque era curiosilla y chismosilla,—no lo podia remediar,—tenia temor de Dios.

—Si le digo la verdad, pensaba, ¡quién sabe si preparo á esta pobre criatura una vida de amargura y dolor! y si no se la digo... ¡Ah! ¡qué cosas hay en el mundo! Algunas de ellas llegan hasta estas casas, y ¡quién sabe los misterios que se habrán encerrado en estas sombrías paredes!

Sor Ramona era monja por fuerza.

Pasó tiempo, y Sor Ramona tuvo fuerza de voluntad bastante para no descubrir el secreto á Dorotea, para lo cual tuvo que hacer grandísimos esfuerzos, porque le dólía ver siempre triste á la pobre niña, preocupada siempre con la idea del abandono en que su madre la tenia. Sor Ramona enfermó gravemente, y conoció que llegaba su última hora. Dorotea la cuidaba con singular esmero, como si fuera su propia madre, y un dia, viéndola muy grave, quiso probar á asegurarse completamente de la verdad.

—Dime, hermana mia, madre mia, dijo á la enferma acariciándola, ¿es verdad que aquella señora era mi madre?... Si tú lo sabes, hermanita mia, Dios te pagará que me quites esta incertidumbre, que me digas la verdad.

—No puedo, hija mia, no debo decirte nada.

Sor Ramona hizo su confesion, y sin duda obtuvo del sacerdote permiso para decir únicamente lo que la huérfana queria saber, porque, terminada la confesion, la llamó, y la dijo:

—Sí, hija mia, aquella señora era tu madre.

—¿Sí?... ¿y quién es? ¿cómo se llama?

—No te lo puedo decir; es un secreto, y seria un

pecado mortal en la hora de mi muerte, como fué un pecado descubrir ese secreto.

—¡Ah! calla entónces, repuso la huérfana.

Y pocas horas despues murió la monja en brazos de la hija de la gran señora.

Dorotea lloró mucho la muerte de su amiga, de su hermana, de su madre, que todo esto habia sido para ella.

Creció la niña, y se hizo una mujercita de diez y seis años, bella y buena como un ángel. Muerta su amiga, tenia que buscar una ocupacion que distrajera sus penas y su soledad, y la halló en efecto con su buena voluntad. En la comunidad habia muchas religiosas ancianas, y por consiguiente estaban frecuentemente enfermas las que no lo estaban siempre. Dorotea suplicó á la nueva Abadesa que la nombrase enfermera, pues de esta delicada manera queria ganar y agradecer el pan que comia en el convento. Muerta la Abadesa con el secreto del nacimiento de la niña, nadie sabia en aquella casa por qué habia entrado en ella la niña, y ménos á qué familia pertenecia; cosa que no dejaba de preocupar á la nueva Abadesa y á la comunidad entera y al mismo señor Vicario; pero callaban y no daban paso alguno para averiguar la situacion de la niña, en la duda de que fuera aquel un secreto que afectase á familia colocada en gran altura; como que todas las relaciones que tenia el convento eran con la más encumbrada nobleza del reino. La comunidad, á la que se consultó sobre la proposicion de la huérfana, la acogió con

agrado, y la superiora la autorizó para ejercer su nuevo cargo. Y Dorotea se dedicó con la mayor abnegacion á esta obra de caridad, y nunca estuvieron las monjas enfermas mejor y más cariñosamente asistidas, y nunca se sufrieron unas á otras sus impertinencias y rarezas como se las sufría á todas la jóven enfermera. Pasaron dos años más, en los que Dorotea hizo prodigios de abnegacion y caridad; pero un dia llamóla la Abadesa y la habló en estos términos:

—Dorotea, todas te amamos en el convento y no queremos separarnos de tí.

—¿Qué será esto? se preguntó la huérfana.

—Depende de tí, hija mia, continuó la Abadesa; tú viniste al convento, ó, mejor dicho, te trajeron en la más tierna edad, no se sabe quiénes ni de dónde. Mi digna antecesora en el cargo que, aunque indigna, ocupó ahora en esta santa casa, te tomó bajo su proteccion; aquella señora y reverenda madre, por la que siempre ruego á Dios, sabía á qué familia perteneces, pero llevó su secreto al sepulcro, y no hemos podido hasta el presente hallar indicio alguno del origen de tu existencia.

—Ya lo sé, y lo lloro, madre mia.

—Pues bien, hija, tu estancia en el convento constituye un hecho anómalo en las tradiciones y costumbres de esta santa casa.

—¡Oh, madre mia!

—He consultado el caso con nuestro reverendo padre Vicario, él lo ha hecho tambien con el Prela-

do, y... tengo que darte una buena noticia, que ha de llenarte de regocijo, y que te probará el cariño que te profesamos.

—¿Cuál, señora?

—No tendrás necesidad de salir del convento; al contrario, tu estancia en él será legítima y podrás considerar esta casa como la tuya propia.

—Tanta bondad...

—Todas las que hemos tenido la dicha de entrar en esta comunidad, hemos tenido que hacer pruebas de notoria nobleza; á tí te se dispensa, por gracia especialísima y mediante la absolucion del Sumo Pontífice, nuestro Santísimo Padre, ese requisito esencial, y serás religiosa profesa cuando gustes, lo más pronto posible.

—¡Religiosa profesal!

—Sí; ya ves qué honra tan grande te dispensa la santa comunidad, en prueba de lo que agradece tus buenos servicios como enfermera solícita y cariñosa.

—He de pensarlo, madre mia, si la señora me lo permite.

—Hija mia, una buena voluntad todo lo puede. Todas hemos dudado ántes de consagrarnos á esta santa vida, todas nos hemos creído débiles para cumplir los éternos votos que se pronuncian al traspasar esas puertas, y, sin embargo, todas, con la gracia de Dios y de su Santísima Madre, hemos hallado agradable esta vida y preferible á la del mundo, donde una está expuesta al embate de encontradas pasio-

nes y á mil peligros de perdicion. ¿No te parece que tengo razon?

—La señora tiene siempre razon, pero... tiemblo al pensar que he de pronunciar votos que acaso luego me sea penoso cumplir.

—No te creia ingrata.

—Dios me libre de serlo.

—Pues lo eres, rechazando á las que venimos ofrecerte casa y amor, y vida tranquila y meritoria á los ojos de Dios.

—Señora, no me atrevo. Sin que fuera una obligacion precisa, sin estar ligada por solemnes votos, viviria contenta y feliz en esta casa, donde corrieron los dias de mi infancia, y no pensaria jamás en salir de ella, pero de otro modo... Yo creo, madre, que se puede ser virtuosa y buena cristiana, y adorar y servir á Dios, sin necesidad de hacer esos votos; yo para ser buena, para no hacer daño al prójimo, para conservar incólume mi virtud, para no tener otro pensamiento que Dios y sus divinos preceptos, no necesito obligarme con juramentos solemnes; me basta con hacer de ello firme propósito espontánea y libremente.

—Basta, niña; no está bien que entre yo en discusion contigo en ese punto, que es demasiado grave, y me extraña mucho tu osadía.

—Una gran pena será para mí haber disgustado á la señora.

—¿Y cómo no? Y por penoso que sea para mí lo que te voy á decir, debo advertirte que teniendo tú

tales ideas, tu permanencia en el convento seria peligrosa para la paz de la comunidad.

—Si así lo cree la señora, puede expulsarme. Será una gran desgracia para mí, pero Dios no abandona nunca á sus criaturas. Ya tengo mi propósito formado, si llego á merecer esa desventura.

—¿Qué propósito?...

—En el mundo hay muchos pobres, en el mundo hay muchos que sufren abandonados de todo consuelo, hay crueles combates en que los hombres se matan y se hieren inhumanamente, hay niños expósitos, criaturas abandonadas, más desdichadas que yo; hay, en fin, muchos seres que no tienen otra esperanza ni otro bien que la caridad; si llego á salir de esta bendita casa, á la que tanta gratitud debo, no renunciaré, señora, á vestir tosco sayal y blancas tocas; no iré á conocer los placeres del mundo; iré á conocer los dolores y las tristezas, iré á cumplir el santo precepto divino del amor al prójimo: iré, en fin, á ser hermana de la Caridad.

Dijo estas palabras Dorotea con digna y severa humildad, y la Abadesa, impresionada, á pesar suyo, por aquella fuerza de voluntad, contestó.

—Hágase la voluntad de Dios. Piensa todavía, hija mia, sobre esa determinacion, y dentro de algunos dias dame tu contestacion definitiva.

—Así lo haré, señora.

La resolucion de Dorotea era firme. No queria obligarse á ser buena; queria serlo sin que nada ni nadie la obligara. Y ademas, tenia otro poderoso mo-

tivo para no recluirse perpetuamente en un convento. Quería saber quién era aquella señora á quien años ántes habia visto desde la reja del coro. «Esa es tu madre.» Así le habia dicho Sor Ramona, y la huérfana no habia olvidado aquellas palabras ni el rostro de la señora. Habian pasado muchos años, y ¿cómo habia de descubrir á su madre? Aunque la viera, ya no la conoceria. El tiempo todo lo muda: de la hermosura de la juventud queda una sombra, una ligera huella en la edad madura, y luego en la vejez ni la sombra queda. Pero Dorotea tenia fe en Dios. Sabia que la Providencia lo dispone todo sabiamente, y todo lo descubre cuando conviene á sus altos fines. Dorotea salió del convento, pero no hizo más que pasar de aquella casa á otra casa, donde tambien habia religiosas, á un beaterio de hermanas de la Caridad, consagradas las unas á la enseñanza y las otras al cuidado de los enfermos, ó de los apestados en epidemias, ó de los heridos en campaña.

VI

¡Diputado!

«Electores, ya me conocéis...»

Así empezaba el manifiesto que dirigió D. Antonio de Luna á los de la circunscripcion por donde le habia indicado el gobierno que podria ser elegido, mediante la influencia moral. Y al mismo tiempo que caia este manifiesto sobre los electores, cayó sobre el gobernador civil este recadito de atencion del ministro:

«Es preciso que por tal parte sea elegido D. Antonio de Luna; del celo de V. se espera este servicio. Le tengo á V. presente para una provincia importante, despues de hechas las elecciones.»

Esto era como decirle al gobernador:

«Si pierde V. las elecciones, no le levanta á V. ni la Paz y Caridad.»

Por supuesto que los electores á quienes decia gallardamente el candidato:—«Ya me conoceis,»—no le habian visto en la vida, pero habiendo llamado el gobernador á los principales, y puesto en su conocimiento que D. Antonio de Luna era una persona de gran influencia y muy afecta al gobierno, y que, gracias á él, el gobierno habia indicado á la autoridad del gobernador que se ampliaria el plazo para pagar las contribuciones y que se harian una estacion de ferro-carril y unos desmontes muy necesarios para aquella localidad, resultó que los mismos que nunca habian visto á D. Antonio de Luna, fueron viniendo en conocimiento y proclamando que en efecto aquel señor era el candidato natural, y que el distrito debia darle una prueba de gratitud votándole por unanimidad.

Algunos se arriesgaban á decir:

—¡Hombre! yo no conozco á D. Antonio de Luna.

—Calle V., le contestaba algun regidor que ya tenia echado el ojo á una administracion de sales, no diga V. eso, porque se van á reir de V... Mire V., don Antonio es nieto de D. Pedro Luna, que fué regidor perpetuo.

—Yo no conocí á ese regidor perpetuo.

—Yo tampoco, porque se murió cuando yo tenia seis años.

—Entónces no sé cómo podia ser regidor perpetuo.

—Pero el abuelo de mi mujer, que se murió el pobre el año pasado, me hablaba siempre de la familia de los Lunas.

En efecto, habia habido en el pueblo de... una familia Luna, ya extinguida, pues en el libro parroquial constaba el fallecimiento de todos sus individuos; pero daba la casualidad de que el tomo 2.º de Bautismos se habia quemado una noche que el sacristan, despues de haber anotado un alta en el vecindario, se habia quedado dormido sobre el libro, en una de cuyas hojas prendió la luz de la vela y todo el libro se quemó, y cuando el sacristan sintió el fuego, ya le empezaban á arder los cuatro mechones de pelo que tenia en su cabeza de chorlito.

En este libro quemado debia estar la partida de bautismo del D. Antonio de Luna, que se presentaba á reclamar los sufragios de sus conciudadanos, no en bien de su alma, sino en bien de su cuerpo, que necesitaba todas las comodidades que da una posicion política.

No sé cómo, ni creo que al lector le importe, supo él lo del libro parroquial incendiado, y desde luego se fijó para su diputacion en aquel distrito y no en otro, porque sólo en un libro que no existia podia existir su partida de bautismo con el gallardo nombre con que se habia bautizado él mismo.

El gobernador, el alcalde, los propietarios que habian de ganar con la estacion de ferro-carril y con los desmontes, los que tenian gana de tener empleo, y en fin, todos los que necesitaban un poco de influjo para alguna pretension, así como los que debian algo al municipio ó á la Real Hacienda, decidieron en junta casi patriótica votar á D. Antonio de Luna, por

ser de todos conocido, aunque no sabia nadie quién era, pero cuando el lo decia en él manifiesto, sus razones tendria.

Su manifiesto era muy bueno, eso sí; hablábase en él en todos los renglones de moralidad y de buena administracion, y de premiar el mérito y estimular la virtud, y como el que más y el que ménos se creia en el distrito un ciudadano ejemplar, no hubo uno que no se figurase que todo aquello de premiar el mérito y estimular la virtud se decia por él, y era como asegurarle que no tardaria en recibir la apetecida credencial, ó el solicitado privilegio, ó la ansiada vara de alcalde, ó el permiso para aprovechar unas aguas, ó la autorizacion para comprar bienes nacionales á plazos más largos que los que marca la ley, y otras ventajas por el estilo.

Presentábase otro candidato en el distrito, y á este sí que le conocian los electores, como que era un gran abogado, hijo del país, y que se habia hecho una honrosa posicion con su trabajo.

Este otro candidato reunió el primer dia de eleccion bastantes votos entre los labradores que no pensaban medrar á costa del presupuesto; y esto irritó á los notables del distrito y á las autoridades; pero se removieron expedientes: á algun labrador rebelde se le desenterró una causa por desacato á la autoridad de un alguacil; á otro, que estaba un poco atrasado, se le envió un terrible apremio, y al más recalcitrante de todos se le sopló en la cárcel para que conociera el triste lugar á donde iria el dia que, de-

jándose llevar de su genio irascible, hiciera alguna fechoría; y de tal manera se compusieron los bobos entre quienes andaba aquel juego, que D. Antonio de Luna fué al fin elegido con ventajosa mayoría sobre aquel pobre abogado que con razon pudo decir que nadie es profeta en su patria.

Y ya ven Vds. qué fácilmente se hace uno diputado, sin merecerlo.

Los periódicos políticos, que suelen hacer al país el flaco servicio de presentarle y contribuir á que suban á los cuernos de la luna algunos hombres indignos, y que jamás debieran salir de la oscuridad,—testigos algunos gobernantes de este país, y que despues de todo, debiendo su encumbramiento á la prensa, son los que más la maltratan;—los periódicos, repito, publicaron sueltos encomiásticos del nuevo diputado, y la gente sensata que forma la sala, y las galerías, y el anfiteatro y el paraiso (!) del gran teatro donde se representan las farsas políticas, se asombraba cada vez más del rápido encumbramiento de aquel Sr. Luna, de quien no conocia obra alguna, y que nada habia hecho para llegar á tantas alturas; pero en política, ¿quién hace caso de la gente sensata.... La política la hacen unos cuantos que no tienen ó no quieren hacer otra cosa, y los demas nos lo encontramos así todo hecho, ó, mejor dicho, todo deshecho,—y bien se puede decir esto al considerar que el país viene, desde hace años, de mal en peor, y á medida que crece el número de los políticos, parece que tambien aumenta la ya interminable serie de los

desatinos de los gobiernos y de los partidos y de las desventuras del país.

Una comision de los electores aquellos á quienes decia:—«Ya me conoceis,»—vino á Madrid á conocerle, y quedó, en efecto, prendada de su diputado.

Uno de los de la comision se marchó llevándose el diploma de la cruz de Cárlos III; otro sacó una credencial de 8.000 rs. para su hijo, que habia estudiado latin un mes, y luego se cansó; otro obtuvo una beca en Toledo para un sobrino que habia mostrado desde chiquito gran entusiasmo y vocacion por la carrera eclesiástica, y el que ménos se llevó tres estafetas de correos para tres primos de su mujer, que hasta entonces habia tenido que mantener á su costa.

Y el público, que oia hablar todos los dias de don Antonio de Luna, preguntaba:—¿Y quién es Luna?—¿De dónde ha salido Luna?—¿Qué va á hacer Luna?—¿Qué va á decir Luna? Y no oia más respuesta que estas:—¡Oh! ¡Luna!—Ya, ya verán Vds., ya es diputado Luna.—Luna tiene un porvenir brillante.—¿Luna? Luna será ministro cuando quiera.—Es mucho hombre Luna.—Ha nacido para dar mucha guerra.

Abriéronse las Córtes, y Luna tomó asiento allí donde sólo debieran sentarse los hombres venerables por su saber y su virtud, los que, desposeidos de toda mezquina ambicion personal, tuvieran solamente la de hacer el bien del país, la de poner al pueblo en condicion de instruirse y moralizarse, y la de asegurar para siempre la pública tranquilidad y el fomen-

to de la prosperidad nacional sobre sólidas y firmísimas bases.

Allí se sentó el gran advenedizo, mirando descaradamente á todos los demas y con las peores intenciones del mundo. Y poquito que cayó en gracia. El fué de la comision de actas, ¡él! ¡de la comision encargada de que no pasaran actas que no fueran perfectamente limpias, de descubrir las más disimuladas infracciones de ley, y de proponer la admision de los diputados ó su exclusion!... Era graciosa coincidencia. El fué de la comision de contestacion al discurso de la Corona. El fué de la de Constitucion, una de tantas Constituciones que se han hecho en este país, que si en Constituciones consistiera, deberia ser el mejor constituido del mundo. El fué, en fin, de la de correccion de estilo. Y está dicho todo. El hijo del sacristan habia caido de pié en el infierno de la política, infierno donde los que se abrasan son los inocentes; es decir, los que no hacen política, segun la expresion novísima que asimila la política á los buñuelos, acaso no sin fundamento.

Diputado ya D. Antonio de Luna, empezó á hacer de las suyas, y en la primera ocasion que se le presentó, votó en una cuestion, no de gran importancia, pero sí de bastante para que el gobierno quisiera en ella ver unidos á todos los ministeriales, en contra del mismísimo gobierno, lo cual hizo abrir los ojos desmesuradamente á D. Tomas Meco, el presidente del Consejo, que allí estaba en el banco azul hecho una momia propia, importándosele lo mismo de los

negocios de Estado que de su abuela, que se murió el año del hambre á consecuencia de una indigestion.

El ministro de la Gobernacion, que siempre habia considerado un grandísimo pillo al tal Luna, se volvió á uno de sus colegas, y le dijo:

—Ya decia yo que ese mocito, era, y es, y será siempre un tuno; pero, amigo, Vds. no me lo creian.

Y á propósito de la cuestion que se debatia, el citado ministro, que no tenia pelos en la lengua, aprovechó la ocasion para echar una indirecta á los diputados que para serlo se valian de la influencia del gobierno, y de otra manera no lo serian, y luego empezaban á hacer en el Congreso sospechosas evoluciones y así como alardes de independencia.

Luna se levantó severo, y dijo que él era diputado por su influencia propia y no por la del gobierno, que en *su distrito* habria triunfado de todos modos, porque se vanagloriaba de tener todas las simpatías de aquellos sencillos y honrados habitantes.

Decir esto el diputado y oirse una estrepitosa carcajada en la tribuna pública fué todo uno.

El presidente hizo la advertencia de cajon de que no se alborotasen las tribunas, sopena de ser expulsado el ilustrado concurso.

El que habia soltado la carcajada al oir aquella mentira dicha con tanto aplomo, era Ramirez, aquel diablo de médico que pegó los palos al apuesto combatiente el dia del desafio con el pobre Ramos.

Luna levantó la cabeza, y miró amenazador y pro-

vocativo á la tribuna de donde habia partido aquella carcajada tan espontánea, que le obligó á pensar:

—Ahí debe haber quien me conozca.

Y sus ojos vieron en primera fila en la tribuna el rostro franco, alegre y expresivo del médico, que le miraba riéndose todavía.

Luna fué el primero que bajó los ojos.

—Capaz es ese hombre maldecido de contar desde la tribuna que me ha dado de palos. Ese hombre me estorba, pensó el flamante padre de la patria.

Luna, votando en contra en aquella ocasion, no llevaba otro objeto que hacer que se hablase de él, porque este es un magnífico sistema; el público se acostumbra á un nombre que lee mucho en los periódicos y oye en las conversaciones.

Y no fué lo peor aquella carcajada, sino que, como la risa es contagiosa, al oirla, todos los diputados la repitieron, y hasta las señoras de las tribunas tuvieron que contenerla discretamente con el abanico.

Luna se sentó indignado.

Y durante unas cuantas sesiones calló como un muerto.

Resonaba aún en sus oídos aquella tremenda carcajada.

Pero al fin era preciso romper el silencio.

Un hombre como él, en el que se tenían tantas esperanzas, no podia condenarse al silencio, no podia inhabilitarse, no podia oscurecerse despues de haber manifestado las mayores pretensiones.

Llegaba una discusion acerca del clero.

Luna creyó que era buena ocasion.

Se estuvo en su casa, escribió una defensa del clero, se la aprendió de memoria, y se fué allá á defender al clero.

Y como tenia buena memoria, recitó el discurso que, tomando de aquí y de allí, habia escrito, reducido á sostener que él era amigo del clero, que sólo para alzar su voz en favor del clero habia venido al Congreso, y que su vocacion era haber sido clérigo, misionero, ermitaño, penitente en un desierto, etcétera, etc., cosas que no sentia y que no eran más que un pretexto para que se hablase de él.

Este discurso le valió gran prestigio.

El clero creyó en efecto que le habia salido un defensor celosísimo, y recibió innumerables felicitaciones y ofrecimientos, y las monjas le enviaron escapularios, acericos, empanadas, tocino de cielo, bocaditos de los ángeles y otras golosinas muy estimables, como hechas por tan santas manos.

Luna vió un medio de medrar, de hacerse un partido numeroso y poderoso.

Ciertos partidos tienen siempre la singular manía de ponerse mal con las clases que mayor influencia ejercen; una de estas clases es el clero, al que aquellos partidos á que me refiero combaten siempre de mil maneras, procurando humillarle ó inutilizarle, y otro partido, en contraposicion, pretende dar al clero una exagerada influencia en todo, influencia que está completamente fuera de su sagrado ministerio y que para nada necesita.

Entre estos dos extremos, el clero, naturalmente, es partidario del segundo sistema y abomina el primero, pero, dadas la ilustracion y buena fé que en el clero, siempre para nosotros respetable, resplandecen, es de creer que se pondria al lado de un gobierno ó de un partido que, huyendo de ambos extremos, tuviera con el clero todas las debidas consideraciones, le atendiera como merece, y no le diera más influencia que la que legítimamente debe tener.

Luna quiso explotar al clero, para lo cual empezó por fingir gran respeto y consideracion á la clase, y completa decision en su favor.

Con la misma facilidad con que se hacia amigo del clero, con la misma se haria su más declarado enemigo, si esto le conviniera más.

Tenia otra idea. Las mujeres son mucho más religiosas que los hombres. Las prácticas del culto les son familiares; todas tienen especial devocion á una vírgen; todas miran con respeto al anciano sacerdote, y todas se indignan cuando oyen hablar en desdoro de la religion ó de sus ministros. Y esto es lo natural y lo conveniente.

La mujer incrédula, atea, no la comprendo; no comprendo que una mujer que ha sentido los dolores y los placeres de la maternidad, pueda creer que no hay Dios, que no hay alma.

La que no enseña á sus hijos á rezar: la que jamás pide para ellos la bendiccion del cielo; la que cuando los ve sufrir no los consuela con el nombre de Dios,

ni puede tener amor á sus hijos, ni luego pueden sus hijos amarla á ella.

No, no es posible que en pueblos cultos haya mujeres que nieguen la existencia de Dios y no crean en los sagrados misterios de nuestra religion.

Pero continúo.

Antonio Luna tenia puestos los ojos en la mujer de D. Tomás Meco.

Ya recuerda el lector la impresion que causó al hijo del sacristan aquella mujer.

Luna estaba enamorado de ella desde su llegada á Madrid. La mujer del ministro pasaba por lo que no era; pero por su posicion tenia que pertenecer á varias asociaciones, hermandades, cofradías, juntas benéficas, etc., etc., y el vulgo habia dado en decir que la mujer del ministro era una de las más entusiastas devotas de Madrid. Luna creyó que su discurso casi religioso, aunque la cuestion que se debatía no tenia nada que ver con la religion, haria gran efecto entre las devotas, y que en la primera reunion del presidente del Consejo, la mujer de éste no podria ménos de felicitarle y darle acaso la ocasion que hacia tiempo anhelaba de sondear el corazon de la ministra, si lo tenia. Si lograba hacer vacilar la virtud de la gran señora, ¡qué triunfo para él! ¿Qué hombre político se le podria igualar? Ocurriósele un gran medio.

Hizo una esposicion á la Corona pidiendo en ella que se restaurasen decentemente todos los conventos de España, que se dieran á las comunidades no sé

qué indemnizaciones, que se les reconocieran no sé qué créditos, y que se señalase asignacion á aquellas comunidades que sólo vivian de la caridad de los fieles.

La noticia de esta exposicion llenó de regocijo á todas las señoras piadosas á quienes se invitó para que la firmaran, pues mucha más influencia habia de ejercer firmada por las señoras, desde la mujer del presidente del Consejo de ministros, hasta la más humilde esposa del tendero de la esquina.

Luna escribió la siguiente esquela á la señora de Meco:

«Para una obra piadosa y digna de la bondad y de la caridad de V. E. solicita unos minutos de audiencia su admirador Q. B. S. P., *Antonio de Luna.*»

Isabel no podia escusarse de recibir á quien de esta manera y con un objeto benéfico solicitaba una conferencia.

Luna esperó la contestacion, que un gran lacayo fué á llevarle.

La señora del presidente del Consejo tendria mucho gusto en recibirle cualquier dia despues de la una.

Isabel pensaba:

—Ese hombre... ese hombre me da miedo, no sé por qué... Siempre que le he visto en esta casa me ha mirado de una manera tan particular. Es hombre de audacia extraordinaria, segun dicen todos los que le conocen, y se sospecha que de humilde origen.

El se batió con Ramos, que en una conversacion de vagos de levita tuvo la nobleza de salir en defensa del honor de mi marido.

Me da miedo ese hombre.

Ahora se hace campeon de los curas y las religiosas, y eso me parece que es pura hipocresía.

La oscuridad de mi nacimiento me hace temer siempre. ¿Conocerá ese hombre el secreto vergonzoso de mi nacimiento? ¿Quién sabe? La verdad es que ese hombre me da miedo. Y yo tengo una vaga idea de haberle visto ántes de ahora, de haber oido su voz, de haber bajado los ojos ante su mirada insolente y casi provocativa. Pero, á pesar de todo, le recibiré. Tengo, por otra parte, deseo de convencerme por mí misma de que ese hombre no tiene nada que ver con el secreto de mi nacimiento, que es lo que más temo.

VII

La conferencia.

Isabel se había vestido modesta y sencillamente, contra su costumbre. Para recibir á un hombre que iba á hablarla de una obra buena y caritativa, y en defensa de pobres curas y desvalidas monjas, no debía hacer ostentoso alarde de su lujo y sus riquezas. A las dos en punto de la tarde detúvose un coche á la puerta de la presidencia del Consejo de ministros, y el jóven Luna entró en la casa. Un criado le hizo atravesar grandes salones, y le dejó luego bajo la guarda de una doncella, que parecia una señorita por su elegancia y distincion, la cual le condujo al gabinetito donde se hallaba la dueña de la casa.

—Beso humildemente los piés á la señora del primer hombre de Estado de España, dijo Luna.

—Gracias por la lisonja á mi marido, contestó sonriendo de una manera adorable la Presidenta.

—¡Oh! si él es el primer hombre de Estado, su compañera es tambien la primera en hermosura y en bondad.

—¡Por Dios! ya esa galantería no me agrada tanto como la primera.

—Acaso es más verdad que aquella.

—Me decia V. en su carta que se trataba de una obra buena; ya estoy impaciente por saber...

—Conociendo yo ese corazon de oro, sabiendo, porque la fama los publica, los grandes actos de caridad que V. ejerce, empleando del mejor modo posible su influencia en favor de las clases pobres y meritorias, he creido imprescindible necesario el concurso de V. para un acto de justicia, que reclamo en favor de las comunidades religiosas.

—Yo doy á V. gracias por la buena, aunque exagerada opinion, que tiene formada de mí.

No soy tan buena como V. cree; me gusta hacer bien, pero en eso no hay ningun mérito, porque sobre ser una obligacion de todos hacerlo; en la posicion que inmerecidamente me ha colocado la fortuna, es obra fácil la mia, y eso disminuye mucho mis merecimientos.

Dijo todo esto Isabel con tan sencillo y humilde acento, que Luna pensó.

—¡Si será esta, en efecto, una mujer piadosa, sinceramente piadosa! ¡Si la calumniarán los que murmuran de ella!...

—Se trata, añadió, de una exposicion á S. M., pidiendo proteccion para los conventos de religiosas que no reciben ningun género de asignacion del Estado. Mi deseo es que la de V. sea la primera firma, y que V. sea tambien quien luego presida la comision que ha de presentarse á S. M.

—Muy honrosa es por cierto la mision que V. me confia, y no hay nada verdaderamente que esté tan en armonía con mis gustos y aficiones; pero una cosa así parece en desacuerdo con las ideas de mi marido. Consultaré con él, sin embargo, lo que V. me propone, y no debo ocultar á V. cuánta será mi satisfaccion si le puedo complacer.

—Es V. un asombro de amabilidad, señora.

—No tanto. V. tendrá que dispensarme que no le conteste definitivamente en el momento acerca de la honra que me quiere dispensar.

—¡Oh! señora...

—Pero si viera V., ya tengo miedo...

—¿A qué, señora?

—Al mundo. Antes, cuando yo estaba soltera, cuando no habia llegado á esta posicion que dicen que es envidiable, y debe serlo, cuando tantas me la envidian tanto, no podia yo persuadirme de que el mundo fuera lo que es; muchas veces oí decir que era el mundo muy malo, pero siempre le creí mejor; ahora, en esta posicion á que mi suerte me ha traído, tales cosas veo, que he llegado á tener miedo, y aún envidia la vida oscura de esas mujeres felices, que nunca han pasado, en cuanto á fortuna, de una

decente medianía, y á quienes nadie conoce, y á quienes nadie se atreve á infamar, como se atreve todo el mundo si se trata de mujeres que, por su nacimiento ó por su suerte, ocupan una posición elevada.

El paso más inocente, la acción más sencilla, la más benévola intención se interpretan siempre desfavorablemente en este gran mundo, á que nos ha tocado en suerte pertenecer, y créame V., tengo miedo.

Dios sabe lo que la malicia social y política inventará á propósito de esa exposición cuya iniciativa ha tomado V.

—Yo me preocupo ménos que poco de eso.

—Usted es hombre, tiene medios de defenderse; pero, ¿cómo se defiende una mujer á quien se califica de hipócrita y embustera, si se trata de sus acciones cristianas, de mujer ligera, si se trata de sus amistades de sociedad?...

—La calumnia no puede llegar á mujeres como usted.

—¡Vaya si llega!

Cualquiera que oyese á Isabel la hubiera creído una mujer verdaderamente pesadosa de vivir en tan elevadas regiones. Tales eran la sencillez y convicción aparente de sus palabras.

Isabel y Luna trataban de engañarse mutuamente.

—En prueba de lo que digo, añadió la mujer del presidente del Consejo, hace algun tiempo que todo

Madrid se ha preocupado de un duelo, á que dieron ocasion palabras aviesas y calumniosas, dirigidas en mi desdoro aparentemente, pero que se queria que hirieran á mi marido, como hombre de honor, porque para perder en la opinion á quien ocupe el poder no se perdona aquí medio alguno, por infame que sea.

Luna comprendió la intencion.

Isabel queria provocar una explicacion acerca del lance de Luna y Ramos, al que, como sabe ya el lector, dió lugar la noble defensa que hizo éste último del presidente del Consejo y de la mujer de éste, al oír cómo se hablaba en el Casino de estas dos personas, á quienes apénas trataba.

—Señora, acaba V. de evocar un recuerdo tristísimo para mí.

—¿Por qué? preguntó con el mayor candor la astuta ministra.

—¿Usted no lo sabe?

—¿Qué?

—¿No sabe V. quiénes fueron los contendientes?

—Sé quién fué nuestro valiente defensor. Ramos, un jóven noble y honrado, que ni siquiera es nuestro amigo. Su contrario me dijeron que era un hombre poco ántes desconccido, un advenedizo de tantos como se apoderan de la política.

Luna se mordió los labios.

—Señora, veo que está V. bien informada, y celebro que sobre ese asunto haya recaído la conversacion, porque me importa mucho dejar las cosas en su lugar.

—¿Sí?... ¿Y fué V. acaso padrino en ese duelo?

—No, señora, fui... fui el adversario del jóven Ramos.

—¡Ah!

—Pero crea V., señora, que mi accion merece disculpa.

—Puede ser.

—Llegué yo al Casino en ocasion en que el jóven Ramos increpaba violentamente á varias personas allí reunidas, fundado en que habian hablado desfavorablemente de un personaje político, y ví con indignacion que entre todos aquellos hombres, no habia uno que recogiese la provocacion de aquel jóven.

Yo tengo ideas acaso exageradas del honor, y no pude ménos de contestarle, y de hacer lo que ellos debieran haber hecho.

Despues fué cuando supe de quién se trataba, lamenté el caso, y entónces hubiera querido á cualquier costa evitar el lance, pero el honor impone estrechos deberes á los hombres.

Yo no podia, sin deshonrarme, dar una explicacion á mi adversario.

—Reconocer un error no es deshonra.

—Para la conciencia, no; para la sociedad, sí.

¿Cómo al empezar yo mi carrera de hombre público, en mi primer lance de honor, ántes de haber hecho mis pruebas, daba escusas á mi adversario?

No era posible.

Hubiera perdido la honra para siempre.

—¡Singular manera de entender la honra!

—Pero ahora que puedo ya sin vergüenza confesar mi error, lo confieso arrepentido y pido á V. que me absuelva.

—¡Oh! repuso Isabel sonriendo, yo no tengo las licencias necesarias. No hablemos de eso más.

—¿V. me perdona?

—De la ofensa mia, por perdonado; lo que no puedo perdonar es haber vertido la sangre de un hombre noble y valeroso como Ramos: eso es cuenta que V. dará á Dios.

Isabel habia logrado colocarse en mejor posicion que Luna. Toda la ventaja estaba de su parte. Quería seguir aprovechando esta ventaja.

—Desde que conozco á V. tengo una curiosidad extremada.

—¿Sí?

—Sí; es una idea que acaso no tenga fundamento alguno.

—Ya la tengo yo por saber qué es lo que da ocasion á esa curiosidad, por si puedo satisfacerla.

—Pues no es ningun misterio. Hace años, no muchos, poco despues de haberme casado con Tomás, conocí breves momentos á un hombre que se parecia á V. extraordinariamente.

—Ya sé por dónde vas, pensó Luna, preparándose á contestar.

—Pero no podia ser V., porque aquel era un hombre del pueblo, un verdadero palurdo.

—¡Un animal!

—No, animal precisamente, no; hablé con él bre-

ves instantes, pero no hicieron falta más para conocer que aquel jóven no era una vulgaridad, aunque su apariencia era tan vulgar. La primera vez que tuve el gusto de ver á V. en esta casa, me dije:— ¡Jesus! ¡cómo se parece á aquel jóven!

—¿Ha conservado V. tan vivo su recuerdo?

—Sí, y no tiene nada de extraño, porque ya he dicho á V. que era un hombre singular, vestido de paño burdo, y hablando como una persona bien educada é instruida.

—¡Feliz ese palurdo que logró grabar su recuerdo en la memoria de V.! Todos deben envidiarle esa dicha.

—Fué un caso original; y esto ha contribuido acaso á que no lo olvide. Se presentó en esta casa á denunciarme que se proyectaba robarnos.

Entónces no era ministro, por fortuna, mi marido.

—¿Y resultó verdadera su denuncia?

—Sí, señor: conociendo la autoridad la denuncia, fueron presos algunos hombres en quienes recayeron sospechas de tener esa intencion, y luego se tuvo ya evidencia, por la declaracion de algunos de ellos.

—¡Feliz él, repito, que tuvo la fortuna de poder evitar á V. un susto tan grande como el que produce un atentado de esa especie!

—Yo quise recompensar su buen servicio, pero rechazó mi oferta con la misma dignidad que hubiera podido hacerlo un cumplido caballero. ¿Qué dice V. de todo eso?

—Señora, oigo á V. atentamente. ¿Y dice V. que ese hombre se parecía á mí?

—Mucho; pero tampoco tiene eso nada de particular.

—No.

—Pero vestido como aquel, parecería V. el mismo. Algunas veces he sospechado si aquel sería un disfraz.

—Acaso.

—Y dispense V. que haya recordado suceso tan insignificante; en algo se ha de pasar el tiempo.

—Debo ser franco con V., y decirle una cosa.

—¿Cuál?

—Que es V. muy buena fisonomista.

—¿Por qué?

—Muy sencillo; porque... aquel jóven que avisó á usted del peligro de ser robada su casa, aquel jóven...

—¿Era hermano de V?... Pero no; no puede ser, con aquel traje...

—No, señora, no era hermano mio; aquel jóven y yo somos una misma persona.

—¡Ah! exclamó Isabel con una sonrisa de triunfo.

—Sí, señora, yo.

—Pero... no me explico.

—Es una historia muy larga.

—¡Y yo que soy tan curiosa!

—Es simplemente mi historia.

Usted es una mujer de talento, exenta de las preocupaciones del vulgo de las personas distinguidas, entre las que hay en efecto mucho vulgo.

—Me hace V. demasiado favor; yo soy como los demas.

—A V. puedo confiarle mi secreto; y más diré á usted, hace tiempo que tenia este deseo.

Yo soy un hombre de oscuro linaje, destinado acaso á haber pasado la vida en una aldea labrando un pedazo de tierra, dando vueltas detras de un par de bueyes muchos años.

Esto hubiera sucedido si la Providencia no hubiese hecho que en aquella aldea, donde de todo se carecia, hubiera libros que pude leer á mi sabor.

Aprendí solo, y cuando supe algo, ya no podia vivir en aquel reducido campo tan estrecho á mi ambicion.

—Lo comprendo.

—Vine á Madrid, no sé á qué, á nada, resuelto y determinado á la ventura, sin dinero, sin amigos, sin proteccion, y la primera noche la pasé en una de esas casas llamadas de dormir, que hay en Madrid, y en las que todo es conveniente ménos dormir.

—Es curioso.

—Allí, tabique por medio, un tabique hecho de lienzo, dormian como yo, que nunca tuve los ojos más abiertos, dos hombres, dos ladrones, que estaban combinando la manera de dar una tremenda acometida al caudal de su esposo de V. Yo lo oí todo, y me propuse desbaratar su plan; apénas fué de dia, salí, pregunté, averigüé, y dí al fin con la casa de V.; y tuve el honor y la fortuna de hacer á V. y á su esposo un servicio insignificante.

—¡Oh! no; un grandísimo favor.

—Para mí fué decisivo aquel instante.

—Pues...

—Cuando salí de esta casa, despues de haber dado á V. aviso de la siniestra intencion de aquellos dos hombres...

—Continúe V.

—Señora, no sé si debo...

—Me enamora la franqueza.

—Pues bien, seré franco, lo diré todo. Salí decidido á ser mucho, á llegar á donde yo mismo no hubiera podido imaginar en mis sueños de ambicion.

—¿Y va V. logrando lo que se propuso?

—Aún no, acentuó Luna.

—¿Tanto ambiciona V.?

—Mucho.

—Es peligroso ambicionar demasiado.

—No temo ningun peligro.

—Se conoce.

—Y si V. me autorizara para llevar mi franqueza al extremo...

—Segun...

—Usted juzgará.

—Diga V.

—Quien hizo arraigar en mi corazon y en mi cabeza el vehemente deseo de ser mucho, de arrojar para siempre aquella horrible vestidura de la aldea, de hacerme digno de mirar frente á frente á las personas más elevadas...

—No siga V., fuí yo, ¿no es verdad?

—Usted, sí, V.... porque... ¿la ofenderé á V. si la digo que el palurdo se enamoró de V.?

—¡Oh! de ningun modo.

¿Y qué tiene eso de particular?

Un hombre que acaba de venir de una aldea donde no ha visto más que sayas azules, piernas al aire, el cabello recogido en un rodete ridículo, tiene forzosamente que enamorarse al ver una mujer de la corte... V. se hubiera enamorado de cualquiera otra; lo natural era que se enamorase V. de la primera que viese.

—¡Oh! no. Por V. he querido romper completamente con mi pasado, y ser en el mundo algo más que la generalidad de los hombres. Sin V., Dios sabe, acaso no habria pasado de ayuda de cámara ó de una profesion oscura, é indigna de mi ambicion.

La Providencia fué, sin duda, la que me hizo encontrar á V.

—La Providencia lo hace todo.

—Y este amor inmenso...

—¡Ah! poco á poco; me parece que ya no es *este* un *aquel*.

—*Este, este* será siempre, señora.

—Basta, caballero; miéntas ha hablado V. de un sueño de niño, de la impresion que le causó ver una mujer del gran mundo, contraste singularísimo con las que hasta entónces habia V. visto, nuestra conversacion nada tenia de particular; pero para que no haga V. *presente* lo que es *pasado*, debo recordar á usted una cosa, que no se debe olvidar cuando se ha-

bla con una mujer: la condicion de esta mujer en la sociedad.

En una palabra: soy casada, caballero.

—¡Oh! ya lo sé; pero yo puedo decir lo que siento; puedo, aunque no exija correspondencia, aunque haya de ser este amor...

—¿Otra vez?

Caballero, siento mucho haber evocado aquel recuerdo, al que nunca dí importancia alguna.

Recibí de V. un favor, y siempre le estaré agradecida, y me alegro mucho de que mi sospecha haya sido cierta, porque así he tenido la satisfaccion de reiterar á V. las gracias.

Si por mí ha sido efectivamente por quien V. ha adelantado tanto en sus ambiciones, cosa es esa que yo no puedo estorbar; pero en cuanto á lo demas, perdonada ya la ofensa del fatal duelo con Ramos, sabe V. que soy su amiga, y que si puedo complacerle firmando esa exposicion que me ha traído en favor de las monjas, lo haré con mucho gusto.

Y recuerdo á V. esto, para que nuestra conversacion tenga tan piadoso fin como comienzo.

En verdad que nos habíamos desviado por completo del principal objeto de nuestra conferencia.

Luna estaba desconcertado.

—Veo, dijo, haciendo ademan de levantarse, que mi presencia le molesta á V.

—¡Oh! de ningun modo; miéntras me hable V. de sus recuerdos de jóven, de sus aventuras de hijo pródigo de la casa paterna. ¿Dejó V. padres en la aldea?

—No, señora; mis padres fallecieron hace mucho tiempo.

—De modo que nada que le interese á V. dejó allí.

—Nada.

—Si hubiera V. tenido padres, hermanos, una compañera querida de su infancia, una prometida, acaso no hubiera V. huido de la aldea, y á mí me hubieran robado bonitamente, añadió con tono jovial la presidenta.

—No dejé nada, no tenia nada... y puede ser que me arrepienta de haber dejado la aldea, de haberme despojado del traje de paño burdo...

—¡Oh! señor de Luna, no me diga V. esas cosas porque va V. á perder mucho á mis ojos... Sea V. sincero, yo odio todas las hipocresías...

—¿Quiere V. que sea sincero con V.?

—Sí; no hablándome de su amor de ahora, sino del de ayer.

—Pues así como V. tenia curiosidad de saber si yo era el jóven paleta que vino á avisarla del conato de robo, yo tambien tengo curiosidad de saber quién seria una dama alta, elegante, enlutada, completamente cubierta, que en una calle de Madrid, el dia de mi llegada á la córte, poco despues de mi llegada, me confió una carta para que la entregase en cierta miserable buhardilla.

—Con las aventuras de V. puede hacerse una novela, señor de Luna.

—Acaso.

Aquella dama elegante y distinguida tenia la

misma estatura de V., la misma voz, el mismo aire aristocrático. ¿Tendría también el mismo rostro?

—No sé, señor de Luna; pero esa dama no era yo.

—El día siguiente, la voz de V. hirió mi oído agradabilísimamente; era la única voz de mujer que había oído desde mi llegada á Madrid, una vez en la calle, emitida por una mujer misteriosa y encubierta, y otra emitida por V. en su casa al darme las gracias por el aviso del robo.

—Pues, hijo, no era yo, contestó Isabel riéndose. Luna la observaba atentamente.

—Aquella señora, continuó, no se me ha olvidado nunca, y juraría... ¿Tiene V. alguna hermana?

—No.

—Es singular.

—En efecto, pero yo no he tenido nunca necesidad de envolverme en ese misterioso ropaje que dice usted llevaba la dama incógnita.

—Muchos deseos tengo de hallarla: tengo que cumplir con ella un deber de conciencia.

—¿También eso?

—La carta no la entregué.

—¿Qué carta?

—La que aquella señora me confió para que la entregase á la persona que me abriera la puerta de la buhardilla.

—Tuvo V. buen modo de cumplir el encargo.

—Nadie me contestó en aquella habitación: verdad es que debí devolver la carta á su dueña, pero... acababa de llegar, tenía la astucia del pueblo, y... ver-

daderamente no sé por qué mentí... y dije que habia entregado la carta, sin haberlo hecho.

—¿Y habrá V. descubierto algun secreto?...

—No, señora... la carta no era carta; bajo el sobre habia un billete de cuatro mil reales.

—Eso es más grave.

—No hice uso de ellos por casualidad, porque en mis aventuras de los primeros dias de mi estancia en Madrid, perdí el billete ó me lo robaron. No por eso me creo ménos obligado á la restitucion de aquel dinero, á fuer de hombre honrado, y hé aquí el fundamento de mi deseo de volver á encontrar á aquella señora.

—Mientras la Providencia le proporciona á V. ocasion de hacer esa restitucion, puede V. tranquilizar su conciencia de una manera, dijo Isabel.

—¿Cómo, señora?

—Dé V. cuatro mil reales á un establecimiento de beneficencia.

—Es una idea noble y generosa, propia de un alma tan buena como la de V.

—¿Qué más puede V. hacer, no teniendo medios de restituir la cantidad á su verdadera dueña?

—Es verdad. Lo haré así... y... ¿quiere V. prestarme el señalado favor de ser mi aliada en ese acto, haciendo que por mano de V. reciban los pobres esa cantidad?

—¡Oh! no; eso V. solo.

—No debo insistir...

Luna se despidió, recomendando otra vez la fa-

mosa exposicion en favor de las monjas, y convenido de que aquella mujer sabia mucho más que él, que no era rana.

—El es, en efecto, pensó la presidenta cuando se quedó sola; él es aquel miserable... Es un malvado, mucho más temible cuanto que se cubre con el manto de la hipocresía.

Ese hombre sabe que yo era la que le entregó la carta, aunque yo lo he negado.

No sabe más que eso de aquel triste incidente, pero ya es bastante para que tenga un arma contra mí.

La maldad tiene siempre infinitos recursos.

¿Quién sabe qué circunstancias pueden sobrevenir en que pueda herirme mortalmente, sin más que una palabra?...

—¡Oh! ¿qué habrá sido de Luis y de su madre?... Desde aquel dia fatal en que un movimiento de mi conciencia me hizo subir la escalera que conducia á la miserable buhardilla, no he sabido más de Luis ni de su madre.

Una mano misteriosa sacó á entrambos de allí. El dia siguiente ya no estaban en la buhardilla.

Y por más pesquisas que he procurado hacer, nada, no sé nada. Luis estaba moribundo. ¿Habrá muerto? ¿Habrá hecho Dios un milagro para salvarle? Y si ha muerto, ¿le habrá sobrevivido su madre? ¡Ah! aún recuerdo la indignacion, la ira de la ciega al reconocer mi voz. Quería ahogarme entre sus brazos. ¡Oh! una madre debe querer mucho á sus hijos. ¡Yo no he tenido madre! ¡Yo no he tenido hijos!...

Y la bella señora escondió el rostro en sus manos, y así permaneció algunos momentos; pero pronto se levantó, alzó la cabeza erguida, se miró en el magnífico espejo de cuerpo entero, y lanzando una carcajada, exclamó:

—¡Já! ¡já! ¡já! léjos de mí los tristes pensamientos. Yo no me pertenezco; pertenezco al mundo, á la sociedad. Y no debo mostrarle mi rostro pálido y mis ojos escaldados por el llanto. Debo presentarme con la mirada serena, la frente altiva y la risa en los labios. ¡No tengo madre! ¡no tengo hijos! pero ocupo una gran posicion, soy mujer de un Presidente del Consejo de ministros, soy una mujer cuya felicidad envidian todas las mujeres. Hagamos honor á mi felicidad, á mi fortuna.

Y tiró de la campanilla: la doncella se presentó.

—¡El coche! dijo la señora, y ven á arreglarme el peinado y ponerme los guantes. Vamos al paseo de todos los dias, á excitar la envidia de las pobres chicas que van á pié, y de las mujeres casadas con los rivales políticos de mi marido. ¡Qué mundo!

Volvió la doncella y empezó á arreglar el peinado de su señora, y le puso flores en la cabeza y le calzó los guantes perfumados.

—Cada vez está V. E. más hermosa, dijo la doncella, que sabia la manera de captarse la simpatía de su ama.—¡Cuántos se lo dirán á V. E.!

—Todos, hija, y ya me fastidia.

Despues de mirarse cien y cien veces al espejo, salió de la habitacion hecha una reina.

—¿Dónde está el coche? preguntó á la doncella.

—En la puerta de la otra calle.

—Bien hecho; si salgo por la puerta principal me acosan los pobres y los pretendientes. En este Madrid todo el mundo pide.

Bajó la escalera, y poco despues atravesaba las calles de Madrid el magnífico coche de la presidenta, llamando esta la atencion de todo el mundo por su lujo y hermosura.

El mundo no ve nunca más que lo que salta á la vista.

VIII

La mendiga.

Al salir el diputado de la casa del Presidente, pasaba por allí una pobre mujer con una niña. Al ver esta pobre abrir la portezuela del coche que esperaba á Luna delante de la puerta, se detuvo. Acaso la persona que iba á entrar en el coche le daría una limosna. Los pobres creen caritativo á todo el mundo; alargan la mano siempre, y se hacen esta cuenta galana:—¿Se ha de negar nadie á darme un cuarto?— Se detuvo y alargó la mano.

—¡Una limosna, por amor de Dios! que tenemos mucha hambre, dijo la mendiga con débil, temblorosa voz, á tiempo que entraba en el coche el flamante personaje.

—Ahora, dijo este. ¡Qué diablos de pobres! ¡No hay país de más vagos que este!

Y él, ¿qué era?...

Y metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda de plata, que dió al cochero, diciendo:

—Dásela.

En aquel momento la pobre le miró, murmurando.

—Dios se lo premie á V., buen...

Y no acabó la frase.

Dió un grito y cayó en el suelo desvanecida.

—¿Qué es eso? preguntó el señor.

—¡Tendrá hambre! observó tranquilamente el cochero.

—Pues dale la peseta al portero para que se la dé cuando le pase el accidente, y vamos.

El cochero dió al portero de la casa de Isabel la peseta y montó en el pescante, diciendo filosóficamente:

—Este Madrid está perdido. De todo tiene la culpa el gobierno.

Y como si los caballos tuviesen la culpa tambien, les arrimó un tremendo latigazo.

Los pobres animales salieron á escape á la brusca insinuacion del otro animal que los guiaba.

Y allí quedó la mendiga tendida en el suelo, con

una herida en la cabeza que se causó en la caída, y á su lado la niña, llorando y sin poder prestar auxilio alguno á su madre.

El portero de la Presidencia la levantó caritativamente y la sentó en el escalon de la puerta. Era una mujer con toda la apariencia devenida de un pueblo; una saya azul, sucia y rota, y un corpiño de paño pardo cubrian las carnes de la pobre madre. Era jóven y bella, aunque en su rostro se veia la profunda huella del sufrimiento, y sus ojos decian claramente que estaban muy acostumbrados á llorar. En sus labios pálidos y contraídos habia fija una triste sonrisa, la de la desesperacion; que tambien la desesperacion tiene su sonrisa.

—Vamos, buena mujer, ánimo, le dijo el portero.

—¡Ah! ¿dónde estoy?...

—¡Toma! ya no se acuerda de lo que le ha sucedido. ¡Lo que puede el hambre, y cómo le extravía á uno la imaginacion!

—¡Hija mía! dijo la pobre, abrazando á la niña.

—Vamos, ánimo, volvió á decir el portero.

—Sí, sí, ya me voy de aquí, no quiero estorbar... Mire V., pido porque tenemos hambre, porque tiene hambre la niña, porque si por mí sola fuera... me dejaría morir.

—¿Y su marido de V.?

—¿Marido?

—¿No es V. casada?

—No, señor.

—¿Pues y esa niña?

—Es mi hija.

—¡Ah! ¡vamos!... ¡Digo! ¡luego se quejarán las mujeres de su suerte! añadió el portero, que era un hombre muy moral y muy escrupuloso en cuestiones de honra, y lo había aprendido de su mujer, que era la más fea del mundo y la que más presumía de virtud y severidad de costumbres.

—¡Pobre hija mia! decía la pobre madre acariciando á su hija y probando á levantarse; vamos, hija, vamos á ver si nos dan para que comas un pedazo de pan... ¡Pobrecita mia! ¿qué será de tí si yo no tengo fuerzas para sufrir?... ¿qué será de mí si tú te me mueres de hambre?... ¡Oh! ¡Dios mio! castígame á mí cuanto quieras, pero vela por mi hija.

—¡Eh! buena mujer, dijo el portero, y añadió por lo bajo: Lo que es buena...

—¿Qué quiere V.?

—Tome V. la peseta que le daba aquel caballero que entró en el coche.

—¡Ah! exclamó la pobre, —ahora me acuerdo de todo... Sí, sí, aquel hombre... ¡aquel hombre!... ¡sí, sí! el mismo semblante... pero, no, no, es imposible... ¿cómo ha de ser él?... ¡con aquel traje, y en coche!...

—¿Qué le da á V. ahora?

—¡Ay! ¡Dios mio!... Aquel hombre que salía de aquí, que me alargó esa moneda desde el coche...

—Oiga V., no era un hombre, que era un caballero...

—Yo quiero volver á ver á ese hombre.

—¡Dale!... Pero, ¡ah! ya caigo, á quien querrá V. ver será al cochero, ¿no es verdad?

—No, señor, al otro... ¡Es él! un infame.

—¡Sopla! ¡un infame y todo! Esta mujer está loca.

—A buscarle he venido. ¡Ah! ¡hija mia! ¡hija mia!

—¡Vaya! tome V. la peseta, buena mujer, y vaya usted á tomar algo caliente, que le hace mucha falta.

—¿Dónde encontraré á ese hombre?

—Dios sabe; yo creo que á donde el va no irá V.

—Pues, ¿á dónde va?

—¡Toma! al Ministerio, al Congreso, á Palacio, en fin, á todos los sitios á donde van las personas de importancia.

—¡Dios mio! ¿qué voy á hacer yo sola en Madrid?... Bien me decia mi madre, bien me decia. ¡Oh! por no oír los consejos de mi madre me ha sucedido todo.

—Por eso les suceden muchas cosas á las muchachas, y á los muchachos tambien, porque por no oír yo los consejos de mi madre, me casé, y más me valiera no haber nacido.

—¡Oh! ¡Dios mio! yo creí que Madrid era otra cosa.

Me habian dicho que aquí encontraría al momento quien me diese abrigo.

—¡Sí! aquí en seguida se encuentra abrigo, si se compran mantas, observó el portero, que tenia sus puntas y ribetes de filósofo de portal.

—Creía yo que en cualquier casa encontraría, por mi trabajo, alimento para mí y para mi hija.

—¡En seguida! Los chicos ajenos no le gustan á nadie.

—¡Ah! bien lo veo; en todas partes me dicen que si fuera sola... si no tuviera una hija... pero ¿cómo puede una madre abandonar á un hijo?...

—No debe, pero lo que es poder...

—¡Qué infamia! Antes nos moriremos de hambre ella y yo.

—Diga V.: ¿y el padre de la criatura?...

—¡Ah! su padre es ese hombre.

—¿Cuál? ¿Aquel que va por allí vendiendo melocotones?

—No, señor, el del coche.

—Pues, señor, le dió por ahí. Pero, mujer de Dios, ¿cómo ha de ser padre de su hija de V. un caballero como D. Antonio de Luna?...

—No se llama así.

—Vaya, V. tiene mala la cabeza, hija, créame V. á mí.

—¡Dios mio! ¡qué infierno es este Madrid, que las gentes se llaman de otro modo!

—No lo sabe V. bien.

—La Virgen del Pilar me ampare.

—Vaya, yo no puedo estar aquí en conversacion; Dios la ampare á V.

Y el portero se metió en su portería, diciendo:

—¡Jesus! ¡qué mujeres! ¡cómo se dejan engañar! ¡Jesus! ¡qué hombres! ¡cómo engañan á las mujeres,

cuando no son ellos los engañados! El mundo está perdido. Y la culpa la tienen los hombres y las mujeres.

.....

Lector amigo, acaso habrás olvidado ya á la pobre madre. Desde el principio de esta enmarañada novela no te he vuelto á hablar de ella. Yo no sé cómo ha sido, pero no he tenido ocasion. ¿Te acuerdas ¡oh lector! y perdona la confianza, de la infancia del hijo del sacristan? Si te acuerdas, te acordarás tambien de la compañera de su infancia, de la hija de la tia Tor-da, aquella pobre y buena mujer que adoptó al hijo del sacristan al verle solo en el mundo, hijo desgraciado de un ladron y asesino, públicamente ajusticiado en Zaragoza. Cómo huyó de la aldea el hijo del sacristan, ya lo sabes, lector, aunque tiempo has tenido de olvidarlo. Y me parece á mí que, si atentamente leiste los primeros capítulos de esta novela, comprenderias que no sólo le hizo huir de la aldea el deseo de ver mundo y salir de aquel reducido espacio, donde todos sabian quién era su padre, sino otro motivo; el amor de su compañera de la infancia, que era amor verdadero, al que habia correspondido con la más negra infamia. Si se quedaba en el pueblo hubiéranle obligado á casarse con la incauta niña, y él no queria *cortarse la cabeza*.

La pobre niña, cuando supo su partida, exclamó:
—¡Estoy perdida!

Y cayó en la más profunda tristeza. En un pueblo no hay secretos. Su madre quiso en vano ocultar el

que habia descubierto. Pronto empezaron las hablillas. La tia Fulana notó que la chica estaba muy palida. El tio Mengano advirtió que el vestido se le quedaba corto. El señor maestro contó que la habia visto llorando en la iglesia. El secretario del ayuntamiento propuso á un regidor que se pusiera un bando para que ninguna moza se juntase con la pobre chica, cuya única falta era haber tenido amor y no saber lo que es el mundo. Por desgracia, habia lugar y ocasion para todas las hablillas, y llegó un dia en que ya no se pudo disimular y hubo que rendirse á la evidencia. Gran sensacion en el pueblo. No recordaban las crónicas un hecho de tal naturaleza. Ninguna mujer de las allí nacidas se habia visto en tan tremendo compromiso. Era un acontecimiento que haria época en la historia de la comarca. Los padres se reunieron y propusieron que sus hijas no volviesen á tratar con la que habia pecado. Los mozos se reunieron tambien, y estuvieron acordes en que el hijo del sacristan era un pillo. Las mozas olieron tambien la verdad, á pesar de que sus padres trataban de disimularla, pero la malicia femenil lo adivina todo, y hubo entre ellas quienes se alegraron de la desgracia de su amiga, porque era en verdad la más bella y garrida en diez leguas á la redonda. Hubiérales dado más pena si la culpable hubiese sido fea como un coco. La tia Torda, la madre, perdonó á su hija. ¿No la habia de perdonar? Las madres perdonan siempre; las madres no tienen nunca odio, ni rencor, ni envidia: las madres sufren todos los golpes que sus

hijos les dan, y los bendicen aunque sean malos, aunque sean ingratos, aunque no las amen. También perdonó el señor cura, que era un buen hombre, y llamó sobre la cabeza de la recién nacida las bendiciones del cielo, al verter sobre ella el agua santa del bautismo.—¡Fatal estrella la del padre y la del hijo! exclamó el buen sacerdote, aludiendo al sacristán ajusticiado y al hijo malvado. Y empezó una vida de sufrimiento para las dos madres. Sus vecinas pasaban por delante de su puerta, mirando desdeñosamente ó cantando coplillas alusivas á su triste situación, compuestas en los ratos de ocio por el herrador, que tenía algo de poeta é improvisador.

Como, por ejemplo:

No me digas que eres buena,
ni me lo diga tu madre,
que lo que salta á la vista
no puede negarlo *naide*.

O esta otra:

Desde el día que te ví
llorando sola en las eras,
me fuí diciendo bajito:
«Esa moza no está buena.»

Otra para concluir:

A la puerta de mi casa
no me vengas á llorar;
la que su mal ha buscado,
lo tenía que encontrar.

Era una pena ver á las dos pobres madres salir juntas siempre, dirigirse al campo, y allí solas con su

profunda amargura llorar las dos, la hija pidiendo perdón á la madre, y la madre procurando consolar á la hija de los agravios y desdenes de sus amigas del pueblo, donde con aquel motivo se habia recordado la historia del sacristan ajusticiado, y se decia que no podia ménos de estar maldito el hijo del ahorcado y maldita tambien la hija del hijo del ahorcado.

El señor cura se indignó al saber esto, y un domingo convocó á sus feligreses á la iglesia, y desde el púlpito les dirigió tiernísima plática, encareciéndoles la caridad cristiana, combatiendo el fanatismo, y recordándoles que Jesus perdonó á los que le crucificaban, y que detuvo á los que apedreaban á la mujer adúltera, diciéndoles: — «Quien esté libre de pecado, que arroje la primera piedra.»

El señor cura tenia gran prestigio entre sus feligreses. Como que siempre habia sido el primero en dar ejemplo de todas las virtudes. Y así lo hizo tambien, yendo todos los dias á visitar á la madre anciana y á la jóven madre abandonada, para hacer ver que mayor falta comete quien no perdona á quien ha delinquido, que el que delinquirió y se arrepintió. Y las palabras y el ejemplo del digno sacerdote dieron al fin el resultado apetecido. Cedió la prevencion contra la pobre madre, y ya no se gozaron sus vecinos en culparla, sino que la volvieron á amar y á compadecer.

Teresa estuvo unos cuantos años luchando con una idea fija en su imaginacion: la de ir á buscar el padre de su hija.

La pobre muchacha habia sufrido tanto, que su salud habia experimentado gravísima alteracion: conocia que su vida no seria larga.

—Muerta yo, pensaba, mi madre, la pobre tambien morirá pronto, y ¿que será de mi hija? Yo debo ir á pedir por Dios á su padre que no la abandone; yo tengo obligacion de hacer lo posible por mi hija. ¡Ah! ¿quién sabe? Puede que al vernos tenga compasion de mí, puede que al contemplar á su hija, al saber mis penas, mis trabajos, Dios toque en su corazon...

Formada su resolucion, habló á su madre, pero esta se opuso.

—No, hija mia, le dijo; no busques á ese hombre, que es muy malo.

—¡Madre! yo le perdono.

—Es un infame.

—Pero es el padre de mi hija, madre.

A este modo de argumentar no habia resistencia; la madre conoció que su hija tenia tomada su resolucion, y calló.

Y la dejó marchar, diciéndola:

—Dios te acompañe, hija mia; si no vuelves, Dios te bendiga; si vuelves, Dios permita que te vuelva á ver. Pero ten presente lo que te digo: si no vuelves, no será porque hayas encontrado amor en el padre de tu hija; será porque te habrá sucedido alguna desgracia; si vuelves, volverás convencida de que tu hija no tiene padre, y de que acaso vale más que no lo tenga, y dando la razon á tu madre.

La madre abandonada vino con su hija á Ma-

drid, unos días á pié, otros en un carro que hallaba en el camino, alentada por la esperanza, que luego habia de convertirse en tristísimo desengaño.

IX

La Chata.

La desdichada madre, con su hija, abatida, fatigada, iba... no sabia á dónde.

—¡Dios mío! decia, ¿qué será de nosotras?... Ya no me atrevo á preguntar á nadie, ni á decir mis amarguras, porque aquí todos son indiferentes, nadie se duele de mi desgracia. Y es natural: ¿qué les importa?...

Y se sentó en la puerta de un café; pero pronto salió un mozo, que la dijo con tono áspero:

—¡Eh! buena mujer, fuera de ahí, que estorba usted el paso.

Y se levantó y volvió á echar á andar.

Llegó á un puesto donde habia pan, y pidió un panecillo.

—Hoy, dijo, comeré, gracias á él, porque él era, sí, él era el que entró en aquel coche y mandó darme esta moneda.

Y dió la peseta al panadero, que le devolvió dos reales en plata y trece cuartos.

Anduvo más, y en un portal sentóse otra vez desfallecida y se puso á comer aquel pan, y dejó los cuartos que llevaba en la mano sobre el escalon donde estaba sentada.

Acababa de sentarse, cuando de allá del fondo del portal salió una voz diciendo:

—Pues, señor, mucho les gusta á los pobres este portal...

¡Jesus! ¡cuánta pobretería hay en Madrid!... ¡Eh! tú, Valiente, ¡anda!...

Y al mismo tiempo salió del patio un perrazo enorme, que se dirigió furioso, á la voz de su amo, hácia la puerta... A la vista de aquel enorme animal, y temiendo por su hija, se levantó apresuradamente, estrechando á la niña en sus brazos, y huyó.

—¡Dios mio! ¡pobre del pobre! exclamó, y siguió andando.

—¡Hombre! dijo uno que pasaba á otro que le acompañaba, ¡qué chica tan guapa!

—Sí, contestó el compañero, un poco estropeada está; pero es bonita efectivamente.

—¡Ah! exclamó la pobre, recordando que habia dejado los cuartos que poseía en el dintel de la puerta, de donde la habia despedido el perrazo.—¡Dios mio! otra desgracia.

—¿Qué te pasa, muchacha? le preguntó uno de los transeuntes que se habian fijado en su hermosura.

—Que he perdido el dinero. Se me olvidó coger-

lo... allí arriba, me senté en un portal, dejé el dinero en el escalon... y allí ha quedado.

—Anda, mujer, anda, y vamos á ver si por casualidad...

El dinero habia estado allí.

—¡Dios mio!... ¡y á dónde iremos esta noche esta pobrecita y yo? se preguntaba la infeliz.

—¿Es hermana tuya la niña?

—¿Hermana? no, señor; es mi hija, contestó con cierto orgullo, con el orgullo que no es orgullo, sino amor de madre.

Ya empezaba á formarse corro en derredor de aquellas dos miserables criaturas.

La desdichada mujer estaba avergonzada en medio de aquella gente; llegaban á sus oidos palabrotas necias y chistes groseros, y no se atrevia á moverse ni á alzar los ojos.

De pronto sintió que le cogian la mano.

Miró, y vió una mujer, ya de alguna edad, pero guapetona, de rostro franco y alegre, y vestida bastante bien.

—¿Qué le pasa á V., mujer?... la dijo con un pronunciado acento andaluz, simpático y expresivo, como lo es siempre el de las hijas de aquella bellísima y privilegiada tierra de Maria Santísima.

—Señora... murmuró la pobre con algo más de aliento al ver fijos en ella aquellos dos hermosos ojos negros de la andaluza.

—¡Jesus! dígame V. su fatiga sin más *requilorios*...

Y adivinando que la jóven estaba avergonzada y

sofocada en medio de aquel corro de gente, se volvió muy resuelta al ilustrado público:

—¡Jesus, María y José! exclamó, ¡qué Madrid este! ¡cuánta gente desocupada hay siempre!...

Y cogiendo de la mano otra vez á la muchacha, le dijo:

—Venga V., venga V., que si no se va á reunir aquí todo Madrid, y se va á poner la tropa sobre las armas.

Y arrastrando tras sí á la madre, se abrió paso gallardamente por entre la multitud, que las siguió curiosa.

Pasaba un coche, y la señora hizo señal al cochero de que detuviera el caballo, que no estaba, por cierto, deseando otra cosa, á fuer de buen caballo de alquiler.

La mendiga no se atrevía á entrar en el coche; pero su protectora la empujó, diciendo:

—Pero, mujer, no haga V. más pamemas.

Cuando estuvieron en el coche, la andaluza dió unas señas al cochero, y el caballo echó á andar, bien contra su gusto.

La gente se dispersó, al ver que el coche se alejaba; sonaron algunos silbidos, y nadie se volvió á acordar de la pobre que habia perdido los cuartos.

—Pues, hija, dijo la jamona; yo conocí en cuanto la ví á V. allí en medio, que V. era forastera y pobre. A mí me gusta hacer todo el bien que puedo, para que V. se entere... porque yo soy una señora... y ensanche V. ese pecho, jóven, que lo que es hoy no le

faltaré á V. de comer y donde descansar el cuerpo... y esa muchacha... ¿es hermanita?

—No, señora, mi hija.

—¡Ah! ¿conque ya tiene V. una hija?... ¿Y su padre?...

—¡Oh! su padre...

—¡Vaya! hija, no me diga V. más, que ya estoy al cabo de la calle.

—Señora, yo he sido buena; pero...

—Sí, ya lo sé; nosotras siempre somos buenas; pero como ellos son unos pillos, por eso... ¡Vaya una baraja de hombres que hay por el mundo... ¡Y á qué ha venido V. á Madrid? y V. perdone la curiosidad.

—A buscarle. En mi pueblo era un pobre como yo, y se escapó á Madrid, y aquí, hoy mismo me parece haberle visto; juraría que era él, vestido de señor y en un coche.

—¡Y anda en coche, y cree V. que tendrá gusto en ver á su hija!... Pobre mujer, V. no sabe de la misa la media... Y no se aflija V., ¡qué demonio! porque aquí hay muchas mujeres que han pasado tantos trabajos como V. ó más, y luego han hecho una suerte loca...

—Señora, yo no comprendo...

—Ha tenido V. una desgracia, es verdad; pero no por eso es V. una mala mujer; porque una muchacha inocente é inexperta, no puede ser responsable de una falta, cuyas consecuencias no ha podido conocer, y... en fin, yo tengo conciencia, y si hoy la he recogido á V., ha sido porque, adivinando en parte su

posicion, he querido librarla acaso de mayores males... Tú no sabes, hija, y déjame que te hable de tú, á qué peligros está expuesta en este Madrid una mujer jóven, guapa, y pobre y hambrienta...

—Sin V. me hubiera muerto de hambre.

—En Madrid se da un cuarto de limosna á una vieja, á un ciego; pero á una muchacha bonita se le da limosna desinteresadamente.

—¡Qué vergüenza!

—Ese es el mundo. Pero no tengas cuidado, hija, que yo no te quiero hacer daño ninguno; al contrario, tu bien quiero, y ya verás... Mañana dejas ese traje miserable y tomas otro más propio [de tu hermosura... saldrás conmigo... irás á todas partes, y ya verás cómo encuentras padre para tu hija.

—¿Cómo?... Mi hija no puede tener más padre que el suyo.

—Sí, mujer, sí; pero te quiero decir que encontrarás... vamos... tú déjate llevar.

—Señora, tengo miedo. Yo, si no encuentro al padre de mi hija, quisiera volverme á mi pueblo.

—¡Pues la habrias hecho buena!

—¿Qué otra cosa he de hacer?...

—Eso no lo puedes decir tú; si te se presenta aquí la felicidad, ¿vas á dejarla para volver al pueblo, donde todos sabrán tu historia y no hallarás marido en tu vida?

—¡Ah! ¿para qué quiero yo un marido?...

—¿Para qué?... ¡Toma! porque una mujer no tiene otro fin en el mundo.

—Sólo podría ser mi marido el padre de mi hija...

—Pero si ese te desdeña...

—Señora, yo no sé qué decir á V., qué contestarle... yo he venido aquí buscando al padre de mi hija para decirle:—Yo te amé y tú me abandonaste... he sufrido horribles dolores por tí, he gastado mi vida por tu hija, he pasado muchos trabajos, pero no importa, no me quejo, porque te amo todavía, como que eres el padre de mi hija, y vengo á pedirte por Dios que no nos desampares.

—¡Qué inocente!

—Si mi desgracia es tan grande que no le encuentro, ó le encuentro olvidado de mí y desconociendo á su hija, entónces, cumplido ya por mi parte mi deber con él, aún me queda otro deber que cumplir, aún me queda mi madre, que sin calma me espera allá en el pueblo, temerosa de no volverme á ver y de que mi suerte sea tan negra como hasta aquí.

—Todo eso está muy bien, hija; pero... en fin, ya conocerás Madrid, y ya pensarás de otro modo, cuando te convenzas de que el padre de tu hija es un bribon como otros muchos...]

—No lo permita Dios.

—Entre tanto, no pienses en nada y no tengas miedo por nada. Ya estamos cerca de mi casa, donde nada te faltará.

Detúvose el coche delante de una [casa que en la primera parte de esta embarullada novela hice ya conocer al lector. En la misma casa de la calle del Tribulete, donde tenían su albergue, ó uno de sus al-

bergues, los ladrones que trataban de hacer aquel robo que impidió el hijo del sacristan. Ya recordará el lector que á aquella casa tambien fué llevado el jóven, y herido al huir los ladrones en el momento en que llegaba en su busca la policía. Y tambien recordará el lector que uno de los ladrones habló incidentalmente con otro de sus compañeros de la Chata. Pues esta misma Chata fué con quien dió la pobre madre abandonada y quien la llevó á la casa de la calle del Tribulete, donde tenia una de sus varias habitaciones.

Era la Chata mujer de trastienda y de enredo, y lo demuestra la circunstancia de que en unas partes la conocian por la Chata, en otras por doña Manuela, en otras por la señora de arriba, en otras por la señora de abajo, porque la Chata tenia cuatro ó cinco habitaciones á su disposicion en diferentes casas, en distintas calles y en distintos barrios, así como tambien tenia diversidad de trajes y los vestia segun las circunstancias.

Con su vestido corto, su pañuelo á la cabeza puesto al desgaire, parecia la Chata en el Rastro ó en la Ribera de Curtidores una prendera *bien forrada*, con el riñon bien cubierto, valiéndome de una expresion vulgar, y capaz de sacar de un apuro á cualquiera, prestándole á real por duro á la semana.

Con su vestido de cola, de seda, su mantilla de encaje y sus guantes amarillos, parecia así como viuda de un teniente coronel, azafata de palacio, y sobrina de un marqués, y cuñada de un conde, y

prima de un duque, y emparentada, en fin, con toda la nobleza y la grandeza y la riqueza del mundo, porque en su familia no habia más pobre que ella, y esto por haber sido siempre muy independiente, y haber preferido hacer su regalado gusto casándose con un militar, el mejor mozo del ejército, á dar su mano, como querian sus parientes, al conde de los Siete Lagartos, que tenia un caudal atroz.

Con su vestido de hábito negro, su mantilla de manto, su rosario y su libro de oraciones en la mano, parecia la Chata una devotísima y religiosísima solterona desengañada del mundo y consagrada por completo á pedir á Dios por los pecadores.

Con su traje escotado, sus flores en la cabeza, su manga corta, para que se viera un brazo bastante perfecto, en su casa de la calle del Prado, en su salon bien puesto y bien iluminado, recibia una escogida sociedad, compuesta de señoras y señoritas de diversas categorías, variando, desde la viuda de un alférez casado sin real licencia, hasta la huérfana de un general que al morir se le olvidó reconocerla por hija, y ésta queria que lo que no reconoció el general, lo reconociera el gobierno y le diera la pension correspondiente á las viudas ó huérfanos de los oficiales generales del ejército, á cuyo efecto llevaba ya dirigidos unos cincuenta memoriales al ministro de la Guerra, y sobre doscientos á S. M., alegando que siendo hija natural de un general, no habia nada más natural que su deseo de cobrar paga. La sociedad masculina se componia de militares, periodistas, em-

pleados, gente toda alegre y divertida, que lo mismo bailaba un cotillon que ponía á la sota un duro, y le daba los golpes correspondientes.

La Chata era una señora, y no se acercaba nunca á la mesa de juego, porque no le tenía aficion, segun decia; pero si no tenía aficion á jugar, sí la tenía á que los demas se jugasen hasta la camisa, porque, aunque el que tallaba en aquella distinguida reunion era un capellan de regimiento retirado á buen vivir, hombre muy formal, no era él á la verdad el banquero verdadero, sino simplemente el digno representante de la Chata, á quien daba estrecha cuenta de la administracion de los [fondos que le confiaba, y por cierto que no podia haber encontrado mejor administrador, porque rara era la noche que la banca no salia ganando.

He procurado dar al curioso lector una idea de las cuatro fisonomías que tenía la Chata.

Ahora debo decirle que conocía á todo el mundo, y que en todas partes gozaba de la mejor reputacion.

Ella tenía por amigos los más distinguidos ladrones de la corte y villa de Madrid, por quienes era grandemente respetada y admirada, porque muchas veces sacaba de entre las uñas de los curiales á mozos que pudieran haberse dado por muy contentos con ir ocho ó diez años á presidio, toda vez que lo que realmente merecian era estar en tal colegio toda la vida.

En el Rastro y todo el barrio de la gente del bronce, era la Chata una gran influencia; ella avenía,

enderezaba los matrimonios torcidos; ella hacia las bodas de la hija del matarife con el hijo del maestro de obras de afuera; ella adelantaba dinero al Tullido para que se dedicase á la industria de vender fósforos y papel de Alcoy; y ella, en fin, tenia tal influencia entre aquella gente, que bastaba una palabra suya para que se cerraran las navajas en ocasion de riña, para que se levantaran barricadas, ó para que se perdonara al polizonte cogido por algunos matones y sentenciado á muerte por el pueblo soberano, en dia de revolucion.

Pero cuando la Chata se ponía el vestido de seda y la mantilla de blonda, ya no era Chata, sino doña Manuela, no la conocian ya sus amigos y apasionados de los barrios bajos, á los que se guardaba muy bien de ir á visitar; conocíanla en cambio en muchas buenas casas, y entraba y salía en las de altos empleados y diputados influyentes, y asistía á reuniones de gente en alta posicion colocada.

Era la Chata, en fin, el mismo diablo, y gracias á los diversos caractéres que representaba, tenia una fortuna muy regular, adquirida por medios tan distintos, como distintas eran las fisonomías de la endiablada andaluza.

X

La paloma y los halcones.

Los primeros días de su estancia en casa de su protectora, no tuvo de qué quejarse, más que de su suerte, la pobre víctima del hijo del sacristan.

—Antes de dedicarte, hija mia, le decia la Chata, á buscar á ese bribon, es preciso que descanses, que cobres ánimo y esperanza, que se reponga tu hijita, que la pobre está muy delicadita. No tengas cuidado alguno, que en mi casa ningun daño has de sufrir.

Y la compró un vestido negro de merino, y ropa interior de abrigo, y un pañuelo de capucha, que en su vida habia visto otro la pobre muchacha, y á la niña le compró todo lo que necesitaba, zapatitos, medias, ropa blanca, dos vestiditos, manteleta, mantilla, en fin, la puso que daba gloria verla, y la misma niña, al verse tan maja, se reia como una loca, y coqueteaba

mirándose al espejo, y en cuanto veía entrar á la Chata, le tendía los brazos y le daba besos.

—Pero, señora, decía la madre abandonada; todo esto, ¿por qué lo hace V. conmigo?

—¿Por qué? Por hacer bien nada más.

—Dios se le pague á V.; pero ¿cómo había yo de creer que hallaría en Madrid tan grande caridad?... Perdóneme V., señora, pero al verme con este traje, al verme tan obsequiada por quien no me conoce, al ver que V. no quiere que yo la sirva de criada, que no quiere que le pague de ninguna manera lo que hace por mí, tengo miedo.

—Tú no te ocupes en nada, y confía en mí.

Pero la pobre jóven no podía tranquilizarse, á pesar de tantas pruebas de afecto y tan desinteresadas.

—Esto no puede ser, pensaba; yo tengo miedo... ¿qué va á ser de mí?...

En la casa donde se hallaba entraba y salía bastante gente, pero la Chata la recibía en otra habitación, y ninguna persona extraña vió en aquellos primeros días á la madre abandonada, á no ser una vecina, buena mujer, que al momento conquistó las simpatías de la jóven, y que, en efecto, era una buena mujer, que ignoraba la vida y milagros de la Chata, á quien debía algunos favores.

Solía la Chata salir de casa frecuentemente, pero siempre dejaba la llave de la habitación á su huésped, y la encargaba cerrase bien la puerta y á nadie la abriese.

Pasaban días, y la muchacha comía y bebía y estaba muy maja; pero no sabía nada de lo que había venido á averiguar.

—Pero, señora, dijo al fin á la Chata, ¿qué significa esto?

—¿El qué?...

—Yo he venido á Madrid á buscar á ese hombre, usted me ha prometido ayudarme, pero hasta ahora...

—¿Y crees tú que yo no hago nada por tí?... ¿En qué me he ocupado estos días?... En preguntar, indagar, averiguar... Cálmate, cálmate y déjalo todo á mi cuidado. Ahora vas á recibir una visita muy agradable.

—¿Visitas yo?...

—Es una jóven guapa, alegre, servicial... una modista.

—¿Modista?... ¿Y qué es modista?...

—¡Já! ¡já! harás reír á un muerto. ¿Conque no sabes lo que es una modista?

Un golpe dado en la puerta interrumpió á la Chata.

Era la modista. Entró, y pidiendo á una chica que la acompañaba un bulto que esta traía, desató un pañuelo que envolvía un bonito vestido de raso azul.

—¿Es para esta señorita? preguntó señalando á la pobre madre.

—¡Señorita! repitió esta con asombro.... ¡Eso no es para mí!

Y ántes de que la jóven madre volviera de su sorpresa ya le habían quitado entre la modista y la Cha-

ta el vestido que tenia puesto, y le habian encajillado el nuevo, que era, en verdad, un precioso traje, con sus encajes de guipure, su falda doble, y hecho con toda la coquetería de la moda más reciente.

Sentábale á las mil maravillas, y nadie hubiera dicho que aquella era una pobre lugareña que en su vida habia visto cosa igual, ni tenia idea siquiera de que pudiese haber más tela de vestidos que la estameña, la bayeta y el percal...

—¡Qué hermosa eres! exclamó en un arrebató la Chata.

Y para completar el pensamiento, añadió:

—Si yo fuera hombre, me volveria loco por tí.

La modista se sonreia de una manera picaresca.

La hijita de la muchacha, al ver á su madre con aquel vestido de color tan brillante, se reia como una loca, manifestando su contento. Pero Teresa sentia oprimírsele el corazon bajo aquel raso y aquellos encajes, y cuando se vió en el espejo que la Chata le puso delante, se horrorizó como si hubiera visto en el cristal la imágen del mismísimo demonio.

Y no era la del demonio, sino la de un ángel la que se retrataba en el espejo.

—¡Dios mio! ¿qué es esto?

Y rompió á llorar. No tenia motivo alguno de queja de la Chata: su protectora no le habia dejado adivinar intencion alguna interesada, pero el instinto, que era poderoso en aquella mujer, desde tan niña acostumbrada al sufrimiento y á la reflexion,

le decia que todo aquello no era bueno, que aquel costoso traje no era el que convenia á su humildad y á su infortunio, y temia... no sabia qué, pero temia algo.

—Voy á quitarme esto, dijo la jóven cuando hubo salido la modista.

—Pues si vamos á salir.

—¿A salir?... ¿Y yo voy á salir así?... ¡Oh! nunca me atreveré.

—Pues, señor, voy viendo que no quieres encontrar al padre de tu hija.

—¡Oh! sí.

—Entónces es preciso que me seas obediente.

—Haré todo lo que V. quiera.

La Chata le arregló el cabello, la puso una rosa blanca entre aquellas trenzas de finísima seda, y retirándose á su cuarto, volvió á aparecer á los pocos minutos vestida elegantemente.

—Pero... murmuró Teresa.

—¿Qué te ocurre todavía?...

—Señora, llevo los hombros desnudos...

—¡Já! ¡já! ¿Y te asustas de eso?... Pues ya verás las demas, ya verás las principales señoras.

La Chata echó sobre los hombros de su protegida una magnífica manteleta de pieles.

—Esto es otra cosa, dijo Teresa.

Púsole luego la Chata los guantes, dióle un pañuelo de nípis y un abanico de nácar, y dijo:

—¡Vaya, vamos!...

—Pero... murmuró Teresa, ¿y mi hija?

—Tu hija queda aquí.

—¿Aquí?... ¡Oh! nunca; yo no me separo de mi hija.

—Pero, mujer... ¿qué le va á suceder aquí á tu hija?... Al sitio donde vamos, donde acaso vas á hallar al padre de esta pobre niña, no puede ir ella... Es preciso que te sometas á las costumbres y á las circunstancias... Ya sabes que todas las noches la niña se duerme á esta hora y no hace más que un sueño... Además, la señora Eugenia, la vecina de al lado...

—¡Oh! si se quedara la señora Eugenia...

—No me gusta que en mi casa quede nadie de fuera, pero por tranquilizarte...

Y la Chata llamó á la señora Eugenia, que al momento accedió á lo que de ella se solicitaba, y que como era medio ciega, no pudo notar el lujo con que iban puestas las dos vecinas, bien que para ocultar ese lujo á los demas vecinos, que no eran ciegos ni medio ciegos, cuidó la Chata de echar un gran pañuelo sobre los hombros de Teresa, y de ponerle otro de seda á la cabeza, haciendo luego ella lo mismo.

Tranquila ya la pobre madre con dejar á su hija al cuidado de aquella buena mujer, siguió á la Chata.

Ya en la calle, anduvieron algunos pasos; pero venia un coche, y la Chata llamó al cochero.

Ambas entraron en el coche.

La Chata dijo:

—Al Príncipe.

Y el coche rodó. Diez minutos despues la Chata y

la palurda entraban en el teatro del Príncipe. Teresa estaba atónita. Aquello no lo había imaginado ella nunca. Al pasar por los corredores, algunos señores exclamaban:

— ¡Qué hermosa!

— ¡Gran moza!

— ¡Bonita es la niña!

La Chata se reía: ella sentía que se le abrasaban las mejillas. Entraron en un palco. Teresa caminaba de sorpresa en sorpresa. El teatro estaba lleno. Lleno de mujeres hermosísimas y de hombres feos; lleno de luz, de perfumes: estaba, en fin, como está en noche de estreno de obra de un autor reputado. Teresa no sabía qué hacer.

—Vamos, hija, le dijo la Chata, de todo te admiras; este es un teatro; vas á ver cosas muy bonitas, y acaso, acaso, al padre de tu hija.

—Señora, perdone V.; pero esto es tan nuevo para mí...

—Bueno, asómbrate cuanto quieras; pero no estés ahí hecha una estatua... Quítate ese pañuelo y esa manteleta, y siéntate en una silla.

— ¡Quitarme el pañuelo! ¿Quitarme la manteleta?

—Pero, mujer, ¿crees que estás aquí en alguna romería de tu pueblo?... ¿No ves á las demas señoras?

Teresa se atrevió á mirar á otros palcos, y vió en efecto hombros y brazos desnudos en todos ellos. Pero no se decidía á soltar su abrigo. La Chata tiró gallardamente del pañuelo y de la manteleta que cubrían los hombros de Teresa, y la hizo sentarse en el

asiento preferente. Teresa se cruzó las manos sobre el pecho. La pobre madre tenia pudor.

—Pero, hija, si todas están lo mismo... le observó su protectora.

Teresa sentia que sus sienes estallaban; miraba y no veia; las luces, el ruido de las conversaciones, la sinfonía, todo aquello la aturdia. Quería mirar, y bajaba los ojos en seguida, porque á donde quiera que miraba veia otros ojos fijos en ella. Teresa hizo mucho efecto. Estaba verdaderamente hermosa, y su traje era muy á propósito para llamar la atención. Todo el mundo se preguntaba:

—¿Quién es aquella muchacha?

—Debe ser provinciana, porque en Madrid no la he visto nunca, decia uno.

—Alguna sobrina de doña Manuela.

Doña Manuela ya he dicho que era la Chata.

—Es preciosa mujer.

—Una mujer así ya puede venir escotada.

Se levantó el telon. La comedia empezó. Era una aldea; allí habia la madre confiada y amante de su hija, la hija inocente y cándida, y el muchacho ladino, que se habia criado con la hija, y, es claro, que tenia amores con ella. Teresa experimentó una grata sensacion al ver aquel telon y aquellos árboles, y aquellas casitas blancas que le recordaban el sitio de su nacimiento, y sonrió al oir hablar á aquellos personajes el lenguaje del pueblo, el lenguaje que ella conocia tanto, y cuya exactitud hacia honor al talento de observacion del autor de la comedia.

Acababa el acto quedando la aldeana confusa, avergonzada, reflexiva, temerosa del porvenir, y pidiendo á Dios que su amante fuera bueno, y éste, en un monólogo muy bien escrito por el poeta, indicaba su deseo de ver más mundo, de huir del pueblo, de venir á Madrid, sin que le detuviera la obligacion contraida con su enamorada amante.

—¿Te gusta? preguntó la Chata á Teresa.

—Señora... yo no sé lo que siento; pero... ¡Dios mio! ¿qué es esto?... ¿en qué pueblo estamos?...

—¡Jesus! ¡qué inocencia! Si todo eso es mentira.

—¿Mentira?

—Pues, ¿qué piensas?...

—Eso me ha pasado á mí.

—¡Toma! todo lo que pasa en las comedias pasa en el mundo; pero, hija, en el mundo pasan cosas mucho más extraordinarias que en las comedias; cosas que si se vieran en comedia se diria que eran mentira. No hagas caso. Toma, toma los gemelos, y mira á ver si está ese hombre.

—¿Dónde?

—¡Toma! Aquí, entre la gente.

Teresa miró, y no fué poca su sorpresa al ver que cerca veia la gente á traves de aquellos cristales. Pero no podia ver bien, porque á donde quiera que miraba veia otros cristales semejantes; como que todo el mundo la estaba mirando. Empezó el segundo acto. El galan habia huido del pueblo y vivia en Madrid, hecho un caballero, galanteando á otras, tratando de casarse con una viuda verde y rica, y con

una fama de tronera que no le favorecía mucho; pero en el momento en que estaba más engolfado en sus grandezas y conquistas y planes de futura felicidad, aparecía la muchacha del pueblo con su niña en brazos y desbarataba por completo los proyectos del monstruo, haciendo que la viuda verde desistiese de casarse con él, y que el hombre se diera á todos los demonios. Y tal se enfurecía que cogía una pistola y amenazaba con ella á la que habia sido su amante; mas, reflexionándolo mejor, torcía contra sí mismo el cañon del arma fatal... Y entónces, la aldeana se abalanzaba á él, le presentaba la niña, se la ponía en los brazos, le quitaba la pistola y caía el telon. Teresa seguía toda esta fábula de la comedia con el mayor interés, y cuando bajó el telon en el acto segundo, gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, y algunas cayeron sobre la magnífica falda azul.

—Muchacha, ¿por qué lloras? le preguntó la Chata.

—¡Ah! ¡Dios mio!... respondió únicamente la pobre mujer.

Chocó bastante la sensiblería de la muchacha; pero nadie presumió sino que le afectaban los incidentes del poema, que en verdad estaba escrito con ternura y sentimiento. En el intermedio del segundo al tercer acto tuvo una visita en su palco la Chata, un hombre ya de edad, bien vestido, muy serio, y que devoraba con los ojos á la muchacha. La Chata le recibió con señaladas muestras de distincion. El conde de Tres Puentes, que él era, se quedó detras del asien-

to de la Chata, desde donde veía á Teresa sin que el público malicioso pudiera verle.

—¡Qué hermosa amiga tenía V. ! doña Manuela, dijo el conde.

—Sí, ha venido del pueblo...

De pronto, Teresa se levantó y gritó:

—¡Ah! ¡él es!...

Todo el público se volvió á mirarla.

—¿Quién? le preguntó la Chata.

—¡Aquel, aquel es!

Y señalaba á un palco donde estaba precisamente la esposa del presidente del Consejo de ministros, acompañada de Antonio de Luna, del hijo del sacristan.

—Aquel es Antonio de Luna, dijo el conde de Tres Puentes, siguiendo con la vista la direccion que señalaba la jóven... Ahora hace el amor á la hermosa Isabelita. ¡Valiente pillo!

Teresa cayó sin conocimiento.

Gran sensacion causó en el teatro aquel desmayo, y todos los jóvenes elegantes y los viejos verdes curiosos se lanzaron al pasillo del palco, para prestar auxilio á la paciente y á doña Manuela, á quien suponian señora tan sensible, que de ver desmayada á la otra, podria ella tambien desmayarse á la mayor brevedad; pero el conde de Tres Puentes, que se hallaba en el palco á la sazón, habia ya enviado recado al cochero de que acercase su carretela, y entre él y doña Manuela sacaban á la lindísima jóven desmayada todavía.

Al pasar, todos admiraban su peregrina hermosura, y envidiaban la buena suerte del conde de Tres Puentes, que tan á punto habia estado para coger en sus brazos á la sensible amiga de doña Manuela. Antonio de Luna se acercó como todos á ver á la que tan poderosamente habia excitado la curiosidad del distinguido concurso, y al mirarla exclamó:

—¡Es particular!... ¡Cómo se parece á aquella pobre!

El conde, doña Manuela y la desmayada salieron del teatro, y Antonio de Luna se volvió á la sala del teatro, donde le llamaba la presencia de la esposa del presidente del Consejo, que honraba aquella noche el coliseo, como ya he dicho.

—¿Qué ha sido eso, Sr. Luna? preguntó Isabel al jóven político.

—Una jóven desmayada, que, sin duda, se ha impresionado con las escenas de este drama sentimental que nos han dado esta noche.

Entre tanto, estaban ya acomodados en el coche del conde de Tres Puentes las dos mujeres y éste personaje, que preguntó á doña Manuela:

—¿A dónde vamos?

La gran lagartona dudó un momento, porque, ¿cómo habia de permitir que las acompañase el conde á su casa de la calle del Tribulete? y al fin le indicó su casa de la calle del Prado, donde recibia la señora á la buena sociedad, y que ya era conocida del conde, que varias veces la habia honrado con su presencia.

El conde de Tres Puentes hizo varias preguntas á

doña Manuela, pero estaba esta muy ocupada en procurar que volviera de su desvanecimiento la jóven; y al fin volvió al detenerse el coche en la puerta de su casa.

—¡Dios mio! fué lo primero que dijo; ¡él es! ¡él es!

—¿Quién?

—¡El!...

—Estamos enterados, murmuró el conde.

Subieron á la habitacion de doña Manuela. El conde ofreció la mano á Teresa, pero esta guardó las suyas como con miedo bajo el abrigo, y miró al conde con asombro. Cuando estuvieron en la casa, doña Manuela dispuso se hiciera té para la enfermita, y procuró tranquilizarla. Pero ésta, con un acento más firme que el que habia tenido hasta entónces, y mirando en derredor suyo, como que extrañaba el sitio en que se hallaba, exclamó:

—Señora, ¿qué es esto? ¿qué casa es esta? ¿por qué me ha llevado V. esta noche á ese lugar donde he visto copiada mi propia historia, y por fin le he visto á él?... Sí, él era, el mismo que el otro dia, á tiempo que entraba en un coche, me dió una limosna... ¡Dios mio! ¿qué es lo que por mí pasa?... Y este hombre, añadió señalando al conde, que me mira de tan extraña manera, ¿quién es?... ¡Oh! V. me tiende un lazo... V. no es buena... y estas galas, este vestido, esta miseria de lujo con que me ha querido V. disfrazar, me indican bien claramente que V. no tiene buenas intenciones... ¡Ah! ¡Dios de mi vida! ¿para qué saldria yo de mi pueblo?...

El conde estaba como quien ve visiones, y la Chata procuraba en vano calmar la excitacion de la jóven, que, con gran asombro suyo, manifestaba una extraordinaria energía y un instinto bastante claro, en medio de su ignorancia de las cosas del mundo.

De pronto, Teresa dió un grito, más que un grito, un rugido.

—¡Ah! gritó, ¿y mi hija?...

—¡Sopla! dijo por lo bajo el conde, ya hay hija de por medio. ¡Fíese V. en apariencias!

—¿Dónde está mi hija, señora?... volvió á preguntar á la Chata.

—Tranquilízate, mujer, á tu hija nada le ha pasado, y ahora mismo, si quieres, te la traeré.

—Sí, abajo está mi coche, se apresuró á decir el conde de Tres Puentes, puede V. hacer uso de él para traer á esta jóven su hija... Calme V. su inquietud, que es muy natural en una madre.

Teresa miró con agradecimiento al conde, que tan antipático le habia sido ántes.

—¡Oh! sí, calme V. mi ansiedad, señora, devuélvame V. á mi hija, y luego haga V. de mí lo que quiera, pero ¡por Dios! sin separarme de mi hija.

—Bueno, mujer, bueno, para que tengas confianza en mí...

—¡Oh! V. no es madre, señora, observó el hipócrita del conde, y no comprende las impaciencias de una madre. Es muy natural que ella misma quiera ir á buscar á su hija, y yo ofrezco á Vds. mi coche...

—Acepto, pero nada más que hasta cierto sitio.

Las mujeres con el conde volvieron á bajar y entraron en el coche.

—A la Plaza del Progreso, dijo la Chata.

Al llegar á esta plaza, se detuvo el carruaje, y el lacayo bajó á enterarse del número de la casa.

—Ninguno, contestó la Chata; aquí bajamos.

—¿Nos volveremos á ver? preguntó el conde.

—Por supuesto, contestó la Chata.

—Tendré el mayor placer en poder servir á esta señorita en el asunto que la ha traído á Madrid, si es que le inspiran confianza mis años y mis canas.

Dijo estas palabras con tanta sencillez y con tanta delicadeza el conde, que la pobre muchacha contestó:

—Muchas gracias.

Las mujeres se metieron por la calle de Lavapies: el conde dijo al lacayo, que habia quedado al pié de la portezuela:

—Entra.

—Señor...

—Entra en el coche. Quitate la librea y el sombrero; toma el mio y mi gaban, y sigue con disimulo á esas mujeres. Si averiguas dónde entran, te doy cuatro duros.

En ménos de un minuto cambiaron de traje el amo y el lacayo, y éste echó detras de las mujeres, mientras el coche rodaba por la calle de la Magdalena para que creyeran aquellas que el conde se retiraba, pero poco despues, el conde hacia volver el carruaje á la plaza.